

# La Ilustración Artística

AÑO XXVIII

BARCELONA 19 DE JULIO DE 1909

NÚM. 1.438

## ADVERTENCIA

Con uno de los próximos números repartiremos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el tercer tomo de la serie de 1909, que será MEMORIAS DEL GENERAL KUROPATKIN, libro interesantísimo en el que el ilustre caudillo ruso describe las causas de la guerra ruso-japonesa, los motivos que influyeron en su resultado y los hechos militares de la misma.



ROMA.—Embajada enviada á S. S. el papa Pío X por el sultán Mohamed V para notificarle su advenimiento al trono  
La embajada en el Vaticano. (De fotografía de Felici, comunicada por Carlos Abeniagar.)

El 4 de este mes S. S. el papa Pío X recibió solemnemente á la embajada otomana encargada de notificarle el advenimiento al trono de Turquía de Mohamed V. El embajador Khalib-bajá dijo en su discurso, entre otras cosas, que la misión que le habia sido confiada le era tanto más agradable cuanto que la ejercía cerca del Sumo Pontífice, jefe espiritual de una parte de la población otomana conocida por su fidelidad al imperio. El papa contestó: «Aprecio en alto grado la prueba de benevolencia y de amistad que recibo del sultán, y ruego al embajador que dé por ello las gracias en mi nombre á su soberano. Me ha sido especialmente grato oír de vuestros labios el testimonio tributado á la fidelidad y á la lealtad de los católicos otomanos que continuarán siendo en lo porvenir los mejores súbditos del sultán»

Terminó Pío X su discurso haciendo votos por la prosperidad de Mohamed V. Desde 1847, cuando el advenimiento de Pío IX al solio pontificio, es esta la primera embajada que la Puerta envía al Papa, y este acto de Mahomed V tiene tanta más importancia cuanto que no se trata de un soberano temporal, como lo era en la citada fecha Pío IX, sino de un soberano puramente espiritual, con quien no rezan los deberes de la diplomacia que regulan las relaciones entre los jefes de Estado. Ha sido, pues, la decisión del nuevo sultán de Turquía un testimonio de alta consideración y respeto al Vicario de Jesucristo, cabeza visible de una Iglesia tan opuesta á la suya, lo cual dice mucho en favor de su ilustración y de su espíritu de tolerancia.



**Texto.**— De Barcelona. *Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. — *La condesita*, cuento de Berta Neullis. — *Las fuentes monumentales de la Exposición Regional Valenciana*. — París. *Delegación de la Duma y del Consejo del Imperio rusos*. El monumento á Gerome. — Madrid. *La embajada marroquí*. — Dr. Roque Sáenz Peña. — Alina Van Baretzen. — *Problema de ajérez*. — *Ladrón de amor*, novela ilustrada (continuación). — Barcelona. *Embarque de las tropas expedicionarias para Melilla*. — *Revista del cuerpo de Seguridad*. — El ilustre novelista español D. Vicente Blasco Ibáñez en Buenos Aires, por R. Monner Sans.

**Grabados.**— Roma. *Embajada enviada á S. S. Pío X por el sultán Mohamed V.* — Dibujo de Mas y Fondevila que ilustra el cuento *La condesita*. — *Capricho*, cuadro de G. V. Kranz. — *Las fuentes monumentales de la Exposición Regional Valenciana*. — París. *Delegación de la Duma y del Consejo imperial rusos*. — Monumento á Gerome, obra de A. Morot. — *La embajada marroquí en Madrid*. — *Bajo el emparrado*, cuadro de J. Morera. — *Ejecutoria de la ciudad de Santiago*, obra de A. Ribó Banquells y M. Valbuena. — D. Roque Sáenz Peña. — Francfort. *Exposición Internacional Aero-náutica*. — Alina Van Baretzen. — Barcelona. *Embarque de tropas para Melilla*. — *Revista del cuerpo de Seguridad en el Parque de Barcelona*. — *Banquete celebrado en el Club Valenciano de Buenos Aires en honor de Blasco Ibáñez*.

### DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

El mes de junio es, por excelencia, el mes de Barcelona. Resplandece su cielo con todos los encantos de la luz primaveral; rebosan sus avenidas y paseos de viandantes ávidos de expansión; se reviste la ciudad de todos sus esplendores y alegrías mediterráneas. Es el mes de las brisas agradables, de las noches claras, de las flores y de los perfumes, de la *ginesta* dorando las laderas, de la juventud dejando sus aulas y empezando á gozar sus vacaciones. Constituye el momento clásico de la animación y del bullicio, antes de las dispersiones del verano.

Su fiesta del Corpus, sus verbenas resplandecientes, dejan en la memoria del viajero una grata é imperecedera impresión. ¿Quién puede olvidar el recuerdo de Barcelona, contemplada desde la cumbre del Tibidabo en una de esas noches tibias y serenas, entre el susurro eólico de los pinares, bajo la bóveda fulgurante con el brillo de sus constelaciones y nebulosas? En el cruce de las grandes arterias de la ciudad, allá abajo, arden los fuegos de San Juan. En la cima de los montes arden también, contestándose de cordillera á cordillera y animando las misteriosas y obscuras lejanías con la titilación de una pupila vigilante.

El espectáculo es de grandeza innegable. La ciudad no duerme: vela. Líneas inmensas de puntos luminosos, rosarios de grandes perlas fosforescentes, indican la cuadrícula del Ensanche, las vías primordiales, la dársena del puerto. Nada más tranquilo y aéreo que esta visión. Depurado de los relieves implacables de las horas de sol, flota todo en una semioscuridad, en una semitransparencia lánguida. La atmósfera es diáfana é inmaterial. Las colinas, los edificios, las grandes masas, producen la impresión de haber perdido su opacidad y su peso. Parece verse más allá de las cosas, al otro lado, como si estuvieran hechas de brumas y vislumbres...

Y el espectador, absorto, medita, divaga, poetiza. ¡Oh ciudad enigmática é incomprendida para unos, para otros incomprensible! ¡Oh ciudad calumniada á la par por el odio y por la lisonja, por la repulsión y por la idolatría! La noche te es propicia; un viento de serenidad refrigera tu frente hecha al hervor de todas las calenturas. Todos te atormentamos, todos te pedimos más de lo que puedes dar, todos á una te recriminamos por lo que nos has ofrecido con exceso ó por lo que no has tenido tiempo de ofrecernos todavía.

\* \* \*

Hace un siglo que eras una capital de provincia: la más importante, la de mayor población, pero nada más que una capital de provincia. Capmany te habló de tu antigua prosperidad mercantil, y vagamente despertó tu conciencia. Durante siete años padeciste bajo la expoliación napoleónica. Desde 1808 á 1815 tu vida sufrió una brusca y completa parálisis. Tus hijos, tus capitales, tus industrias, emigraron en la más trágica y miserable dispersión.

Lo que ibas organizando heroicamente al amparo de la política económica y de cultura de los reinados de Fernando VI y Carlos III, todo eso quedó aniquilado y hecho polvo en un momento, más todavía que al perder tu antiguo régimen, un siglo antes, en

la guerra de Sucesión. Al replegarte otra vez, sobre ti misma, en 1815, hubo que empezarlo todo desde la raíz. Tu riqueza, el instrumental completo de tu naciente cultura, habían volado en astillas... Pusiste manos á la obra y viste pasar la reacción, «los tres llamados años», el decenio terrible, el despotismo ilustrado, el despotismo sin ilustrar. Saludaste la aurora isabelina, sufriste la guerra civil, dos bombardeos, no sé cuántos pronunciamientos y motines, una continua lucha encarnizada por tus principios económicos.

Y no obstante este cúmulo de adversidades, fuiste en ascenso. El romanticismo te condujo á una tentativa de restauración poética é intelectual. Rompiste la argolla de tus inútiles fortificaciones, ensanchándote con rapidez americana. Trataste de llenar tu ámbito con un alma digna de él. La tentativa se extendió á todo: al arte, al pensamiento, á la acción política.

He aquí tu pecado. Durmieras quietamente, plácidamente, el ensueño histórico; te contentaras con una prosperidad material bonachona, *more judaico*, aceptada á cambio de todas las sumisiones y bajezas; hubieraste sumado siempre á la común monotonía, y ni tus hijos ni los extraños te pidieran tan á menudo cuenta del tiempo invertido en la siesta. Es achaque común de nuestra humana naturaleza dejar en paz á los negligentes y enfurecernos, en cambio, contra los activos y fecundos porque... no hacen más. La prodigalidad acaba por irritar á todo el mundo, puesto que todos acuden á ella y muy pronto la extenuan. De aquí un gran descontento.

Y esta es la reconvencción que suelen dirigirte propios y extraños. Tu «caso» desorienta. Unos te imaginan como el vestigio de una regresión medieval; otros te temen como al laboratorio europeo de las más infernales demagogías. Quién te cree el refugio de toda mojigatería, quién un antro de abominaciones más horribles que las de Pentápolis. Este cuenta, en son de reproche, tus conventos y tus cofradías; estotro tus garitos, tus logias, tus clubs y tus *music-halls*.

Lo mismo acontece respecto de tu literatura y tus artes. Unos tachan á tu poesía de ñoña, montañesa y *barretinaire*; otros de histórica y morfiniana. Olvidando que estás en plena formación, en plena tentativa, en plena inquietud por tu propio porvenir, se te reconviene porque tu arte no es definitivo, reposado, sereno. Olvidando que estás en una mañana, te pedimos la madurez y el esplendor de la tarde. No hace cincuenta años que eso comenzó y te increpamos á coro porque, de una vez, no nos has dado una civilización completa, porque no te has estrenado con un siglo de oro, porque, simultáneamente, y casi diría que alojados en el mismo hospedaje, no nos ofreces un Homero, un Shakespeare, un Cervantes, un Miguel Angel, un Wágner, un Hegel, todo á un tiempo...

\* \* \*

Esto puede pensar el espectador solitario que allá en la cumbre del Tibidabo, desde la terraza del restaurant, contempla el espléndido cosmorama abierto á su alrededor, advirtiendo la respiración que asciende de la ciudad volcán, de la ciudad cráter: cráter de todas las erupciones y lavas de la vida moderna, tal como Alfredo de Vigny pudo contemplar al París de 1830, ardiendo en el fuego de ensueños, ideales y utopías de redención, más ó menos posibles ó sangrientos.

Tal es también el destino de la gran capital de nuestros días: ser centro de todas las fermentaciones, alambique de todos los bálsamos y de todos los venenos, árbol del bien y del mal que ofrece las flores más puras y los frutos más acerbos y ponzoñosos. En sus entrañas se renueva el espíritu de la humanidad, se elabora la ciencia, germina el progreso, abre el arte su corola ideal; pero, al mismo tiempo, se forja el rayo en ellas, el rayo del odio y la destrucción, como ese del terrorismo que descarga con tanta frecuencia sobre Barcelona, y al cual se ha ido habituando hasta el punto de soportarlo con elegante indiferencia, porque sólo la indiferencia puede contrariar á los alarmistas.

Sus últimas hazañas parecen haber tomado por campo de operaciones los teatros y cafés del Paralelo; ese mismo Paralelo que de seis ó siete años á esta parte ha dotado á esta ciudad de una nota tan pintoresca y *sui generis*.

\* \* \*

La literatura de última hora ha perdido su afición á lo pintoresco y anecdótico, por reacción sin duda contra los abusos descriptivos del naturalismo y las

amplificaciones coloristas é insistentes de la época anterior. Por esta razón el Paralelo no ha conseguido hasta ahora una consagración literaria, ni tiene su obra, ni sus dibujantes, ni sus costumbristas, ni sus poetas, como los tuvieron, en el transcurso de tres siglos, todos los sitios famosos y populares de Madrid, desde Quevedo á D. Ramón de la Cruz y á Mesonero Romanos, desde Goya hasta Ortego.

Tiene de característico el Paralelo el ser una cosa moderna, nacida con aire clásico y á la antigua. En esa vía á medio urbanizar se ha improvisado una feria perenne, como en los puntos más señalados de la *banlieue* de París. La muchedumbre la ha adoptado con súbita preferencia; y los teatros, los barracones de espectáculo, los cafés populares, los bars, las salas de tiro y de subasta, el Tío vivo y el toboggan se extienden de un extremo al otro de la avenida, llenándola con la animación de sus rótulos, con el torrente de luz de sus farolas eléctricas, con el reverberar de sus cristales, con la ruidosa trompetería de sus órganos callejeros y el incesante vibrar de sus timbres de anuncio.

Una multitud abigarrada y llena de color discurre por las aceras, en estas noches de verano, y ocupa las mesas de los cafés, al aire libre. Se adivina en aquel concurso un espíritu propio y hasta una opinión. El Paralelo tiene su prensa, su sociología, su melodrama, su novela, su película, adecuadas y propias. Es un campo de exploración y conquista para pequeños caudillos, pequeños autores y pequeños músicos, que allí obtienen su popularidad de barriada y su *gloriole* de una noche de couplets picantes contra el gobierno. Los últimos restos de la *bohemia* romántica pudieran reunirse en aquellos andurriales como en el café de Momus, buscando la compañía de Mimis y Musettas de modesto rango.

A ese público que frecuenta bars, teatros y cines, hay que añadir el que se contenta con pasear ó estacionarse ante la carretilla de los vendedores ambulantes ó el puesto caldeado por el vaho de la sartén y la fritanga de buñuelos. Del conjunto se desprende una impresión en extremo animada y simpática, de esparcimiento popular. Confúndense allí el modesto oficinista, el dependiente, el obrero, el trabajador de los barrios marítimos, el tripulante del buque anclado en la rada, el curioso, el viajero, el soldado libre de servicio alborotando en el grupo de las criadas de su región, que ríen con risa estrepitosa de algo que ellas no saben ni nosotros sabremos nunca. Confúndense allí los niños y los ancianos en unas horas de esparcimiento y de *hermesse*, en las cuales se siente el hervor de una ciudad en plena vida, como lo sintiera el Doctor Fausto, al anocheecer, paseando con su fámulo Wágner por los alrededores de Francfort animados por el tumulto vital de la tarde del domingo, que dejó en su alma la tentación de revivir su juventud perdida y abandonar la contemplación estéril y vacua de la ciencia...

\* \* \*

Pues bien: contra ese suburbio popular van dirigidos los últimos atentados que registra la crónica de Barcelona, tan fatigada ya por la penosa misión de tener que relatarlos. Como de costumbre, la autoridad no ha conseguido detener á los autores ni saber nada de ellos. El misterio continúa y las exageraciones de una parte de la prensa también. Lo que no continúa hace mucho tiempo es el pánico, hasta el punto de haberse reanudado en el teatro Soriano la representación inmediatamente después de ocurrida la explosión de que ya tienen noticia los lectores. De esta actitud impasible ha pretendido deducirse algo como encallecimiento y postración de ánimo, cuando no servil conformidad.

El terrorismo tiene un valor de sugestión mucho más que de realidad. Su estrago, más que en las víctimas, lo busca en el efecto moral de la intimidación, en la consecuencia de amargar y hacer lúgubre la vida, en esparcir el temor, la lobreguez de espíritu y la desconfianza sobre una ciudad sonriente por el clima, por el carácter de sus pobladores y por el general contento de vivir que en ella resplandece como nota dominante.

Y esto no lo ha conseguido ahora y lo conseguirá cada día menos, si es que los incógnitos enemigos de la sociedad no se cansan ó no caen en poder de la justicia. Su principal colaborador está en la sociedad misma. Si ella se espanta y estremece, así resulta de eficaz el atentado desde el punto de vista de sus autores. Si la detonación se produce en el vacío, bajo la campana neumática, sin aire para vibrar, el atentado es como si no existiera. Es como una luz sin retina que pueda copiarla y dar noción de ella.

MIGUEL S. OLIVER.

LA CONDESITA, CUENTO DE BERTA NEULLIÉS. Dibujo de Mas y Fondevila (1)



Su temblorosa mano habíase detenido más de una vez al escribir aquellas líneas dictadas por el oficial

I

Ahora sí que estaba resuelta la condesita á divorciarse... No podía, no, vivir así abandonada, desdenada por aquel orgulloso Hugo de Sontés, su esposo.

Ocho años hacía que se habían casado y siempre se le había mostrado frío, insensible á sus súplicas y á sus caricias. Todo lo habría ella soportado mejor que esa falta de atenciones, de deferencias; mil veces habría preferido hasta las brutalidades á esa indiferencia glacial que él oponía á toda insinuación de su parte.

¿Cómo ella, la delicada parisiense moderna, afectuosa, expresiva, que sólo soñaba con cariño y con besos, cómo había unido su destino á aquel hidalgo campesino, primitivo y zafio? ¿Qué había encontrado en él que pudiera agradaarle?

Por una de esas anomalías extrañas y sin embargo muy comunes todavía, eran precisamente aquel vigor, aquella naturaleza varonil y ruda, lo que había seducido á la linda y graciosa heredera. Aquel hombre se le había aparecido como uno de aquellos feroces galos «bruscos para todo el mundo, pero blandos y cariñosos para su dama...»

No había necesitado, sin embargo, mucho tiempo para convencerse de la equivocación que había padecido.

«Ese pobre Hugo es de madera» — escribía la condesita á su madre en las primeras cartas después de la boda.

«¡Es de piedra! — decía en las siguientes. — Recorre sus tierras desde la mañana hasta la noche y vuelve á casa lleno de barro hasta los pelos, apestando á estiércol y manchando las alfombras con sus botas enlodadas. Caza y apalea á sus perros y á sus colonos. Esta es su vida diaria. En cuanto á mí, aún no me ha concedido el honor de pegarme; pero parece ignorar mi presencia; seguramente no soy nadie para él. Me considera como un mueble inútil, por no decir molesto.»

Al cabo de un año de matrimonio la condesa había tenido una hija, Gisela; y aunque por un momento

esperó que esta circunstancia ablandaría algo al conde, también en esto se equivocó.

¡Una hija!.. Hugo de Sontés se encogió de hombros despreciativamente cuando el médico le anunció la novedad.

No, decididamente aquella parisiense, aquella mujercita del tamaño de dos ochavos de manteca, con la que había cometido la tontería de casarse, no servía para nada.

¡Ni siquiera podía darle un hijo, un varón, un heredero que perpetuara su raza! ¡Era aquella la primera vez que un Sontés pasaba por semejante vergüenza!..

Y el conde continuó dedicándose á apalea á sus perros y á sus colonos.

Cuando Gisela tuvo tres años, la condesa, que se moría de fastidio en su castillo viejo y sólo pensaba en París, decidióse á abordar á su marido.

— Querida mía, respondióle éste, eres absolutamente libre; vive en París si así te place. Por lo que á mí toca, hállome muy bien aquí y por nada del mundo abandonaré la mansión de mis padres.

Esto fué todo lo que pudo obtener del conde.

Cansada al fin, una mañana emprendió el viaje, llevándose consigo á la niña; y una vez en el lujoso palacio de sus padres, reanudó su vida mundana de otros tiempos.

Pero la condesita no tenía entonces más que veinte años, y á esta edad el corazón habla muy fuerte... Los bailes, los trajes, las distracciones, las mismas caricias de la encantadora Gisela, no bastaban á satisfacer aquel corazón que estaba sediento de afecto, de cariño...

Y un día advirtió con espanto que estaba enamorada, pero enamorada profundamente, de Max de Bellmont, el joven y arrogante oficial que, desde hacía un año, la seguía á todas partes, viviendo, por decirlo así, en su sombra, rodeándola de solícitas y respetuosas atenciones...

Cuando el pretendiente habló al fin, ella contestó francamente:

— También yo le amo á usted..., pero soy casada.

— No importa; ¿caso no tenemos el divorcio?

¡Era verdad! La condesita no había pensado en ello... Sin embargo, quedóse pensativa..., aquella palabra «divorcio» le daba miedo. ¡Divorciada!.. ¡Cuán mal sonaba esto á sus oídos! Abandonar el nombre de Sontés, que había jurado llevar honradamente

mientras su marido viviese, para adoptar otro, parecía una especie de crimen...

— ¡Qué inocente es usted!, decíale su galanteador con sonrisa burlona.

Y ella opinaba como él..., pero á pesar de todo el divorcio la espantaba y repugnaba á su alma sencilla y recta.

— ¿Qué será de Gisela?, decía con acento vacilante.

— Gisela será mi hija; tendrá dos personas á quienes amar en vez de una. No tenía más que madre y ahora hallará en mí un padre; ya ve usted si es sencillo,

«¿Un padre?..»

Y la condesita, poniéndose de pronto pensativa, volvía á ver en su imaginación el viejo castillo en donde tanto había sufrido y en donde Hugo de Sontés continuaba maltratando á las personas y á los animales...

Era él el padre de Gisela, y aunque á decir verdad no parecía acordarse mucho de su paternidad, al fin y al cabo la niña llevaba su nombre, era de su raza y por sus venas corría su sangre.

La condesita, conturbada por aquellos ojos azules que la envolvían con su mirada acariciadora, se esquivaba suspirando.

II

Tres años luchó contra aquel amor, resistiendo todas las súplicas de aquel joven leal que se ofrecía á ella y le rogaba que le confiase su vida, su felicidad...

Un día, agotadas sus fuerzas, cedió y escribió al conde pidiéndole que consintiera en el divorcio.

La respuesta no se hizo esperar.

«Sí, divorciémonos, amiga mía, divorciémonos— había contestado el esposo;— por mi parte no hay ningún inconveniente; pero te advierto que mi hija se viene conmigo. Es una Sontés y su puesto está aquí, á mi lado, desde el momento en que su madre deje de llevar mi nombre.»

Y nada más había dicho.

Entonces comenzó de nuevo la lucha. Ciertamente que la condesa amaba con delirio al apuesto oficial; pero la idea de Gisela, de aquella niña adorada á quien tendría que abandonar al rudo y brutal Sr. de Sontés, la helaba de espanto, y la madre la rechazaba con horror.

Pero llegó un día en que la «madre» fué vencida por la «mujer.»

Hacía una semana que se hallaba instalada con algunos amigos y con Max de Bellmont en un hotel de Berck-sur-Mer; la niña se había quedado en París con su abuela. Y allí, no teniendo á todas horas ante su vista la querida presencia de su hija, acabó por ceder á las súplicas ardientes de su adorador, quien logró al fin arrancarle el consentimiento por el que suspiraba desde hacía tres años: sí, la condesita se divorciaría, sería suya, enteramente suya.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

Aquella misma mañana, en un rincón apartado del salón del hotel, los dos habían redactado la carta fatal que la condesita enviaría a su marido y en la que le expresaba su voluntad formal de intentar una demanda de divorcio y su asentimiento a renunciar a todo derecho sobre Gisela, tal como él había exigido.

Su temblorosa mano habíase detenido más de una vez al escribir aquellas líneas dictadas por el oficial; y sus ojos pardos se habían apartado con frecuencia del papel revelando en su mirada inquieta y vaga una expresión de angustia; pero subyugada por el imperio irresistible que Max ejercía sobre ella, la condesita había llegado hasta el final.

Y ahora la suerte estaba echada; la carta estaba escrita y metida en el sobre lacrado.

—Ea, póngase usted el abrigo y vamos juntos a echar al correo esa epístola que la hace a usted libre y mía.

En aquel momento entraban sus amigos en el hotel.

—¿Salía usted, condesa?, preguntó una de las señoras. ¡Qué feliz casualidad! Precisamente veníamos a buscar a ustedes para visitar ese famoso Hospicio de Niños, en el que no se puede entrar sin un permiso extraordinario. Conque, pronto, no se detengan, pues sólo disponemos de una hora y nos espera allí el doctor X.

—He de ir al correo, balbuceó la condesa.

—Irá usted cuando salgamos del hospital; las cartas no se recogen hasta mediodía y a las once ya estaremos listos.

Y juntos partieron, riendo y hablando alegremente... Eran tres parejas jóvenes, ricas, formadas por esas gentes felices de la tierra para quienes toda la vida se resume en una palabra: divertirse.

Y se divertían desde la mañana hasta la noche. Pero al hospital iban con cierto temor, con una aprensión secreta.

—El corazón parece que se me quiere saltar del pecho. ¡Figúrese usted que, según creo, nos enseñarán todas las salas, incluso aquellas en donde están los niños más gravemente enfermos.

—De hijo que mis nervios no soportarán ese espectáculo, afirmaba la señora de Saint Aubin, una morena muy pálida, peinada a la Botticelli.

—Te esconderás detrás de mí, contestóle su marido, soltando una gran carcajada de buen muchacho.

A su llegada al establecimiento benéfico encontraron al doctor X, quien les hizo entrar en el inmenso edificio.

Los parisienses miraban asombrados, prorrumpiendo continuamente en exclamaciones y en frases tiernas.

—¡Es encantador! ¡Vea usted esas galerías llenas de flores! Por gusto podría vivirse en este hospital, que, en verdad, nada tiene de triste. Y esos pobres niños, ¡qué lindos son!

Los visitantes vaciaban su bolsa en las manos de los pequeñuelos, les daban los dulces y los juguetes comprados para ellos; y aquellas criaturas seguían con arrobamiento a las hermosas damas, que pasaban como una visión dejando en pos de sí la alegría y el agradecimiento.

Cuando llegaron a la puerta de una sala, que estaba cerrada, el doctor se detuvo.

—Señores, he de advertir a ustedes que aquí hay varios niños gravemente enfermos... Temo que su vista cause a ustedes una impresión penosa. Quizás sería mejor que pasásemos por la galería... Vengan ustedes; los verán desde más lejos... por las ventanas abiertas.

Y emocionadas, con el corazón palpitante, aquellas damas contemplaron el espectáculo que a sus ojos

se ofrecía... Era lamentable el aspecto de aquellos niños, de rostro demacrado, exangüe, tan blanco como la almohada sobre que descansaban sus cabezas. Encerrados en la envoltura de yeso que moldeaba sus cuerpecitos frágiles y encorvados, parecían cadáveres; sólo conservaban un poco de vida sus ojos, esos grandes ojos hundidos y brillantes de los moribundos.

lo sabía!.. ¡Qué guapa es! ¿Verdad?.. Quisiera... quisiera...

La condesita había adivinado... Inclínose suavemente sobre la cama y depositó un beso prolongado en aquella frente livida.

—¡Oh!.., murmuró la enfermita cerrando los ojos. Durante unos minutos percibiéronse vagamente estas palabras entrecortadas siempre las mismas: «¡Mamá... mamá!»

Después, un suspiro leve como un soplo... Luego, nada. La niña había muerto con una sonrisa radiante, creyendo dormirse en los brazos de su madre.

—Ha realizado usted una buena acción, señora, dijo el interno saludando respetuosamente a la condesa. ¡Cuando uno piensa que hay madres bastante desnaturalizadas para abandonar así a sus hijos, sin preocuparse del martirio infligido a las víctimas inocentes! Esa pobre niña nunca pudo consolarse de ello; desde que entró aquí siempre ha tenido en los labios la misma palabra: ¡Mamá! ¡Pobre criatura! Todos los días nos preguntaba: «¿Ha escrito mamá? ¿Vendrá pronto?» ¡Sí, en ello piensa la desdichada! Abandonó a su marido, divorciándose de él para casarse con un joven que la galanteaba, y el padre, un cochero de punto brutal, borracho, no quiso tener a su cuidado a la niña. Cuando nos la trajeron estaba ya demasiado enferma para que pudiéramos curarla... ¡Los animales quieren más a sus hijos que ciertas personas!

La monja aproximóse, a su vez, a la condesa y le dió las gracias.

—Es usted madre, señora, le dijo; no me cabe duda. Lo he adivinado en seguida por la manera como ha besado usted a esa criatura.

—¡Sí!.. Tengo una niña de siete años.

—¡Que Dios la bendiga!, murmuró gravemente la religiosa, y que derrame sobre ella toda la dicha que ha merecido usted por su acto de caridad.

—¡Ea, tortolillos! Ahora vayan ustedes al correo, dijo alegremente una de las da-

mas mientras se despedían a la puerta del hospital. Nosotros nos vamos al Kursaal a jugar una partida de ping pong y a tomar un aperitivo antes del almuerzo.

Pero la carta no salió... La condesita la había roto en mil pedazos, que sembró junto a la cama de la pobre abandonada...

Max de Belmont hubo de renunciar a dar su nombre a la bella y elegante criatura, que siguió siendo durante toda su vida la «condesa de Sontés.»

## LAS FUENTES MONUMENTALES

DE LA EXPOSICIÓN

El mortal que atraviesa el hermoso arco de entrada de la Exposición en noches de verbena ó de fiestas nocturnas, quédase gratamente sorprendido al entrar en los jardines que preceden a los monumentos de nuestro concurso regional.

Grato rumor de fuentes; aromas y perfumes de plantas y flores, por entre las que discurren las frescas y puras linfas y por donde juguetean misteriosas luces de colores que remedan los matices naturales de las vestiduras de Flora, halagan sus sentidos y le invitan a soñar.

Esta diosa surge de un macizo de plantas y va recogiendo flores que tienen el matiz y los fulgores de la esmeralda, del rubí, del topacio, del zafiro y del diamante. Va depositándolas sobre su falda, gracioso



Capricho, cuadro de Guillermo V. Kranz

Los visitantes, silenciosos y con el corazón oprimido, escuchaban al médico, que les explicaba la clase de tratamiento ensayado en aquellos casos, punto menos que desesperados.

Faltaba sólo ver una cama, la última, junto a la cual estaban un interno y una monja.

—Este no llegará al mediodía, dijo tranquilamente el doctor, está agonizando desde esta mañana.

Un gran estremecimiento circuló por todo el grupo... La señora de Sontés, conmovida y con el rostro bañado en lágrimas, acercóse algo más, procurando ver mejor a la enfermita.

Como si hubiese sentido sobre ella aquella mirada, la niña moribunda abrió sus ojos, agrandados por la agonía, y los clavó en la condesa.

—¡Mamá!.. ¡Es mamá!

La niña, en cuyas vidriosas pupilas se reflejó una expresión de éxtasis, murmuró algunas palabras que no llegaron a oídos de los visitantes. De pronto, la religiosa se dirigió hacia éstos.

—Señora, dijo a la condesita, ¿quiere usted hacer una buena obra? Esta niña se figura que es usted su madre y la llama. ¿Quiere usted ayudarla a morir en esa ilusión?

La señora de Sontés siguió sin titubear a la monja y se encaminó al lecho de la agonizante.

—¡Oh!.., mamá!

Y una claridad de infinita ternura brilló en los ojos que se clavaban con apasionada admiración en el hermoso semblante de la condesa.

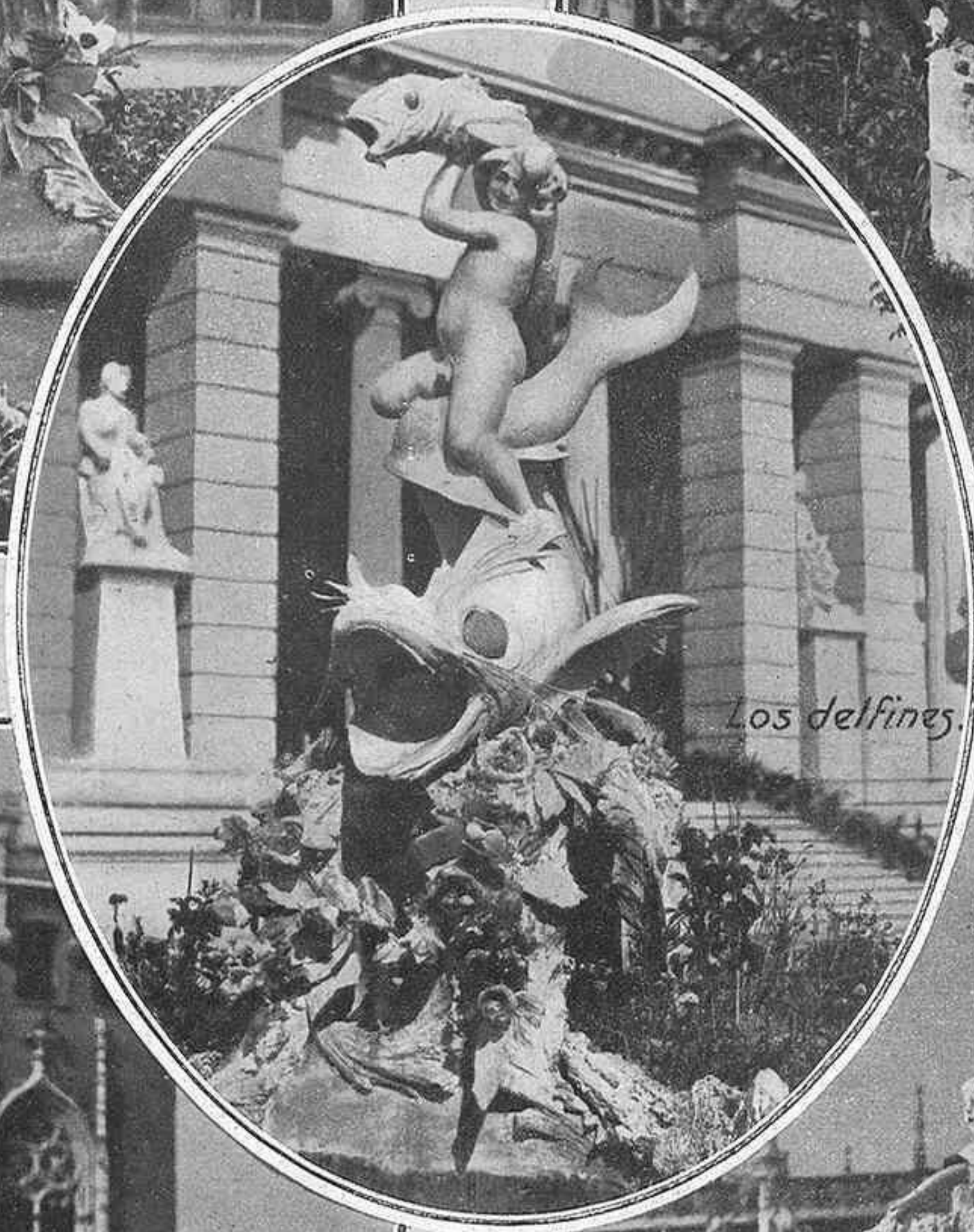
—¡Ya lo había yo dicho que vendría mamá!.. ¡Ya



*Flora.*



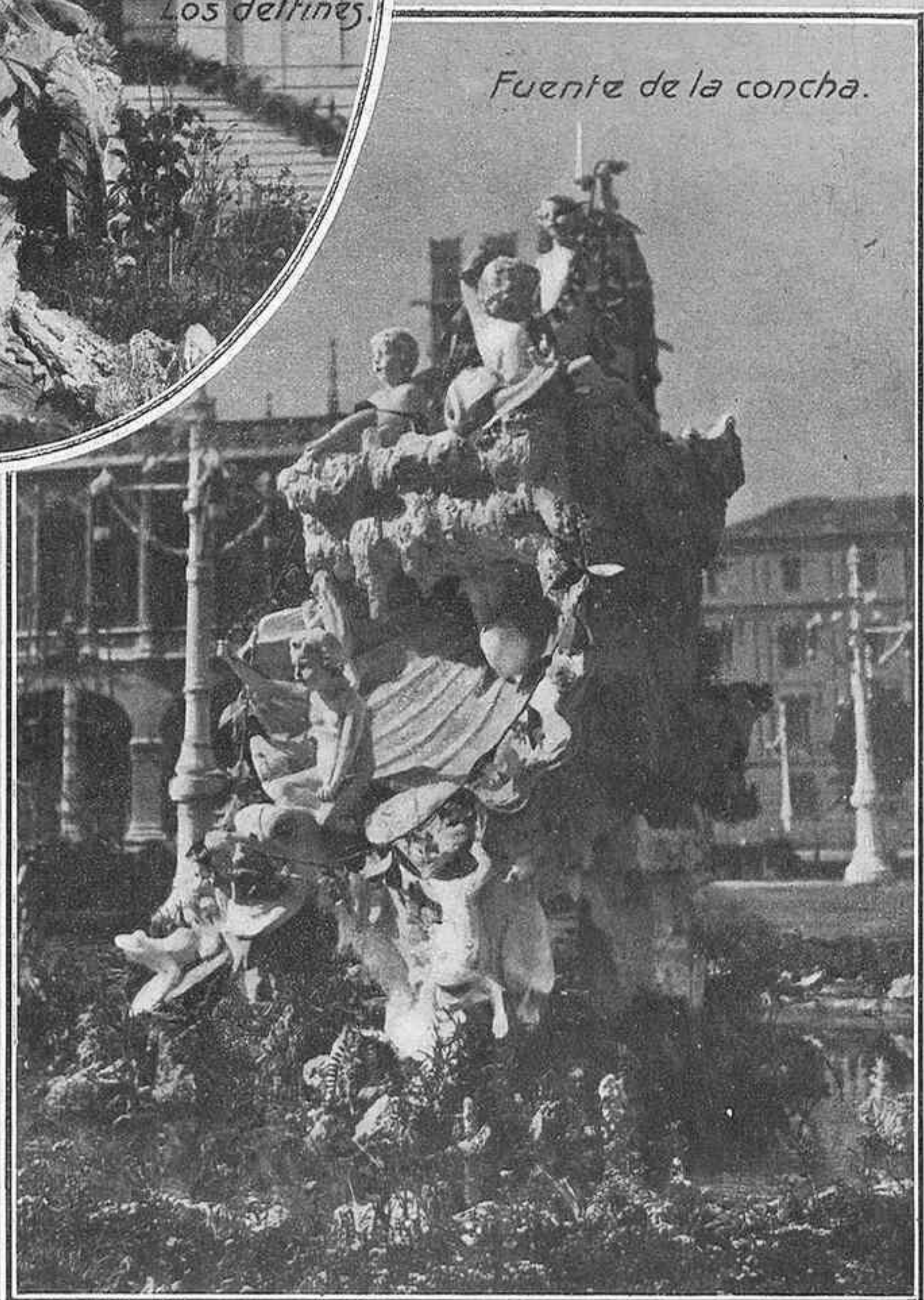
*Leda y Júpiter.*



*Los delfines.*



*Psiquis.*



*Fuente de la concha.*

LAS FUENTES MONUMENTALES

Las cuatro primeras son obra de los hermanos Sres. Rubio, y la última, de éstos y del Sr. Carbonell

samente recogida, y sonríe oyendo el grato rumor del agua que corre á sus pies...

Más allá, un rojo delfín salta sobre las aguas verdosas de un manantial; pero un geniecillo travieso cabalga sobre sus lomos y le rige áudaz. Vierte el irritado delfín agua sangrienta por su boca desmesuradamente abierta; y el geniecillo ríe y agita sobre su cabeza otro delfín que acaba de coger de entre las aguas. Luces mágicas iluminan la graciosa escena...

Aquí Júpiter convertido en cisne persigue á Leda á orillas de un estanque. La ninfa lucha y coge al Dios — transformado en volátil para sus andanzas amorosas — por el cuello, y lo convierte en surtidor de mágica fuente de luces y colores...

Por las márgenes de un arroyo camina triste y pensativa Psiquis en busca del Amor. Aparta con sus manos delicadas lirios y azucenas, nardos, claveles y rosas de luz, y mira las aguas del arroyo buscando en aquel movable espejo irisado la imagen del amante olvidado. No lo halla, y lágrimas luminosas parecen salpicar sus pálidas mejillas...

Una enorme concha sostenida por delfines, rocas y monstruos marinos, es la carroza vacía de Afrodita, que la dejó por correr tras aventuras y amoríos. Moluscos y amorcillos y ranas monstruosas juegan sobre la concha, huyendo unos de las diamantinas luces que surgen en torno de la enorme valva, buscándolas otros como mariposillas deslumbradas. El travieso Amor, sin curarse de la desolada Psiquis que le busca por la floresta, cabalga sobre el monstruo marino que arrastra la carroza de su madre sobre las ondas hacia Pafos, en donde la diosa escucha los versos de Apolo en un bosque de verdes laureles...

Y el mortal que se detuvo á admirar extasiado es

tas clásicas escenas, que parecen trasuntos fieles de la estatuaria griega, pregunta curioso el nombre de los autores de las bellísimas fuentes de la Exposición y graba en su memoria el nombre de los hermanos Rafael y Roberto Rubio, jóvenes y afortunados creadores de tanta belleza, y del Sr. Carbonell, su colaborador.—B. M. S.

gresista y presidente del grupo de la Unión interparlamentaria en San Petersburgo.

El día 8 de este mes, los delegados rusos fueron solemnemente recibidos en el palacio del Luxemburgo por los representantes del Senado y de la Cámara franceses, habiéndose cambiado con este motivo afectuosos discursos entre los Sres. Efremoff y d'Estournelles de Constant, presidente del grupo del arbitraje internacional. Después visitaron el palacio y asistieron á una parte de las sesiones del Senado y de la Cámara de Diputados, y por la noche fueron obsequiados con un espléndido banquete, en el que pronunciaron entusiastas brindis ensalzando la amistad que une á Francia y á Rusia los señores d'Estournelles; Dubost, presidente del Senado; Brissón, presidente de la Cámara; Efremoff; Maksudof, diputado musulmán de la Duma; Pichón, ministro de Negocios Extranjeros, y Nekludoff, encargado de negocios de Rusia.



París.—Delegación de la Duma y del Consejo Imperial rusos  
(De fotografía de World's Graphic Press.)

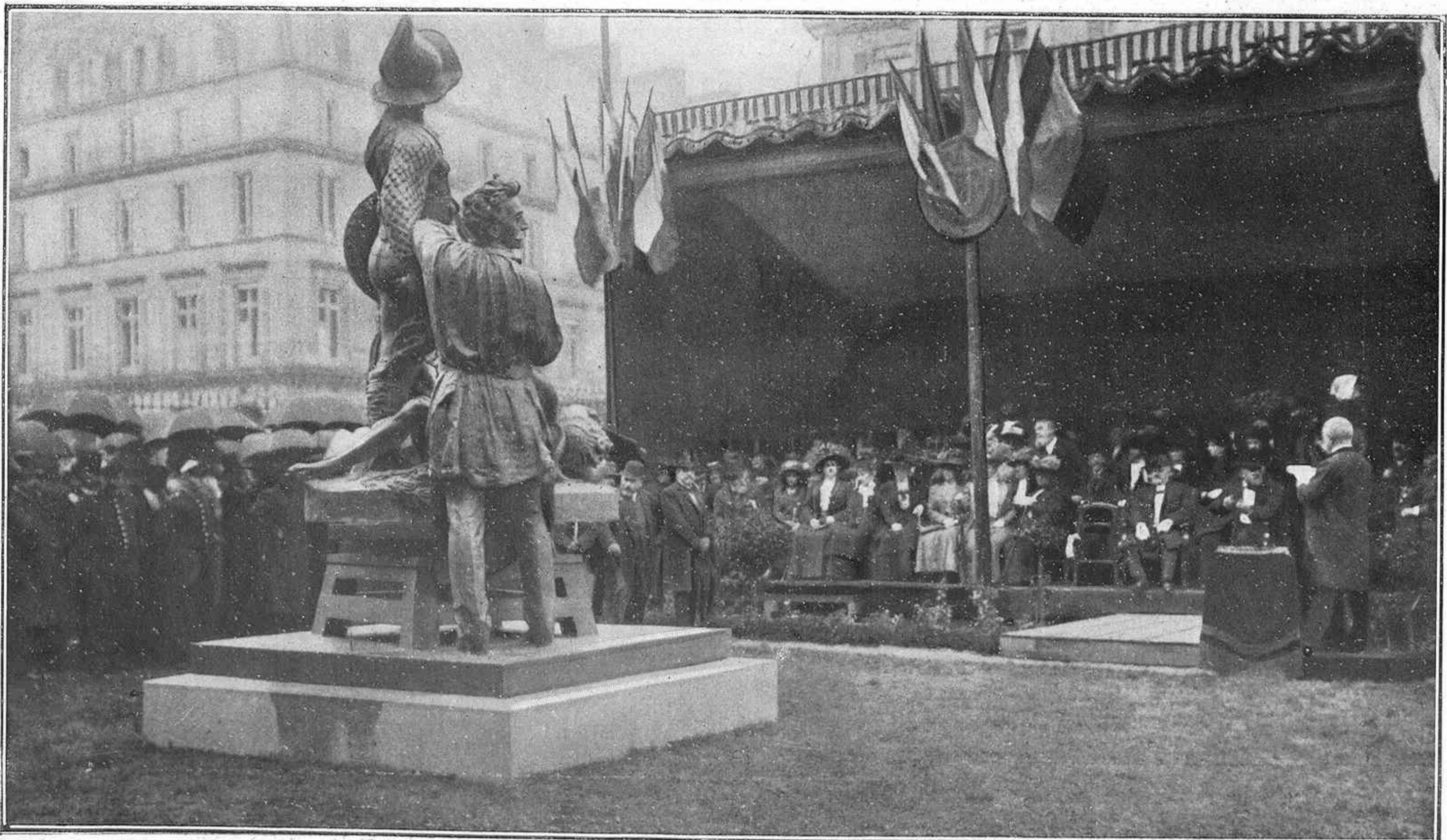
PARIS.—DELEGACIÓN DE LA DUMA Y DEL CONSEJO DEL IMPERIO RUSOS.—EL MONUMENTO Á GEROME.

Recientemente ha visitado las capitales de Inglaterra y de Francia una delegación de la Duma y del Consejo del Imperio rusos, en la cual estaban representados los principales partidos que figuran en aquel parlamento.

Presidía la delegación el Sr. Efremoff, miembro que fué ya de la primera Duma, jefe del partido pro-

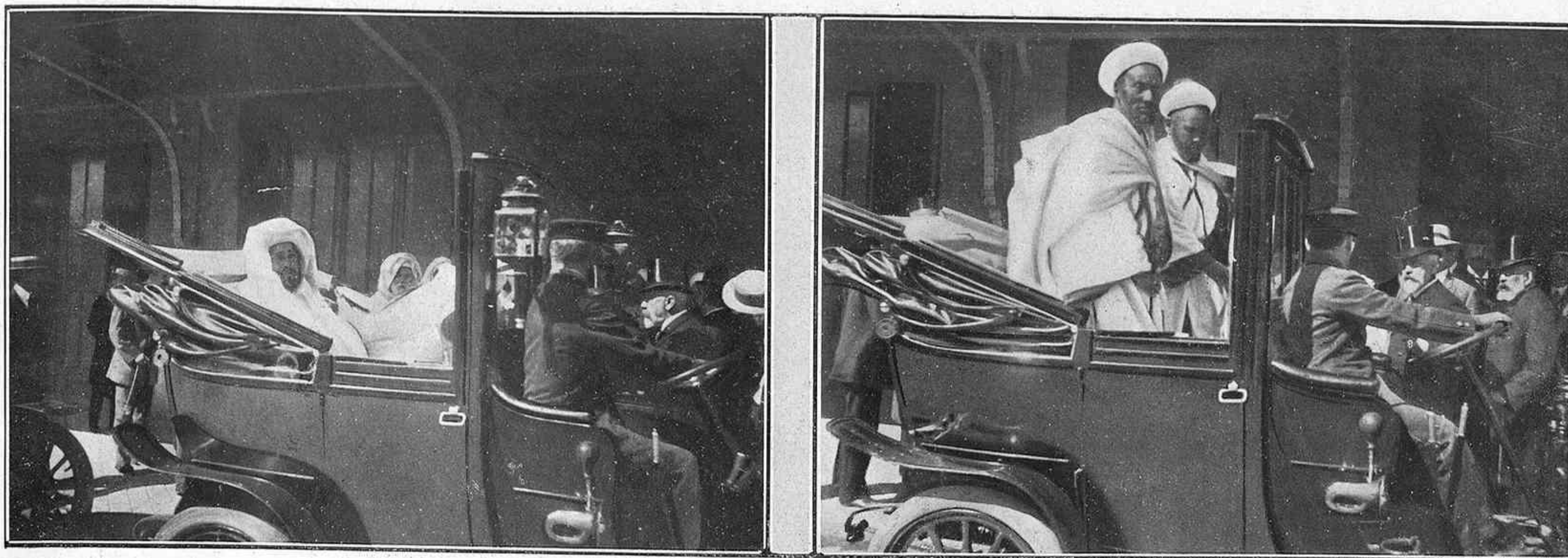
me, la viuda y varios individuos de la familia de éste, gran número de artistas, ilustres personalidades y un numeroso público. Los Sres. Moreau Vauthier, Roujón, Lecomte de Nouy y Dujardin Beaumetz dedicaron entusiastas elogios á la obra del gran maestro.

El monumento inaugurado ha sido erigido en el jardín de la Infanta, en el Louvre, y representa á Gerome modelando una de sus obras más famosas, *Los Gladiadores*. Gerome, que nació en Vessoul en 1824 y falleció en París en 1904, ha sido uno de los más notables artistas franceses contemporáneos.—S.



París.—Inauguración del monumento erigido en honor del célebre pintor y escultor León Gerome, obra de A. Morot  
(De fotografía de World's Graphic Press.)

MADRID.—LA EMBAJADA MARROQUI. (De fotografías de M. Asenjo.)



Llegada de los embajadores á Madrid.—El embajador Ahmed-Ben-El-Muaza.—Dos miembros de la embajada

Para proseguir las negociaciones diplomáticas comenzadas en Fez por nuestro representante cerca de la corte jerifiana Sr. Merry del Val, el sultán de Marruecos Muley Hafid ha enviado á Madrid una misión especial, compuesta del embajador Sidi-Ahmed-Ben-El-Muaza, de los consejeros El-Znibar y El-Ghannam, del secretario El-Kerdudy y del tesorero Ben Yelum, con un séquito de 21 personas, constituido por el intérprete árabe Ben Xofrón, varios askaris, moros de rey, criados, cocineros, etc.

La embajada, á la que acompañaban desde Tánger el cónsul de España en Larache Sr. Zugasti y el intérprete español D. Reginaldo Ruiz, desembarcó el día 8 en Cádiz, en donde la esperaba el señor Merry del Val, y llegó al día siguiente á Madrid, siendo recibida por el subsecretario interino de Estado, en nombre del ministro, por el primer introductor de embajadores y por las autoridades.

Al día siguiente visitaron los marroquíes el ministerio de Estado, el Banco de España y el ministerio de Fomento, y el domingo fueron recibidos solemnemente por S. M. el rey D. Alfonso XIII en el palacio real.

La comitiva dirigióse desde el Hotel de Rusia, en donde se hospeda, al regio alcázar, por el orden siguiente: «coche de París,» de media gala, con los cuatro kaidés; «carroza de amantano,» tirada por seis caballos empenachados de azul, blanco, amarillo y encarnado, y conducida por postillón y palafreneros, con el consejero El-Ghannam, el secretario, el tesorero y el intérprete árabe; «coche de cifras,» de respeto, tirado por seis caballos con penachos amarillos y encarnados, postillón y palafreneros; «coche de corona ducal,» tirado por seis caballos empenachados de azul y blanco, con postillón y palafreneros, que conducía al embajador, al consejero El-Znibar, al primer introductor de embajadores conde de Pie de Concha y al intérprete Sr. Ruiz. Al estribo izquierdo marchaba un caballero de campo de Su Majestad y detrás iba una sección de la Escolta Real.

En el salón del trono esperaban á la em-

bajada S. M. el rey, el gobierno presidido por el señor Maura, los grandes de España y los altos funcio-

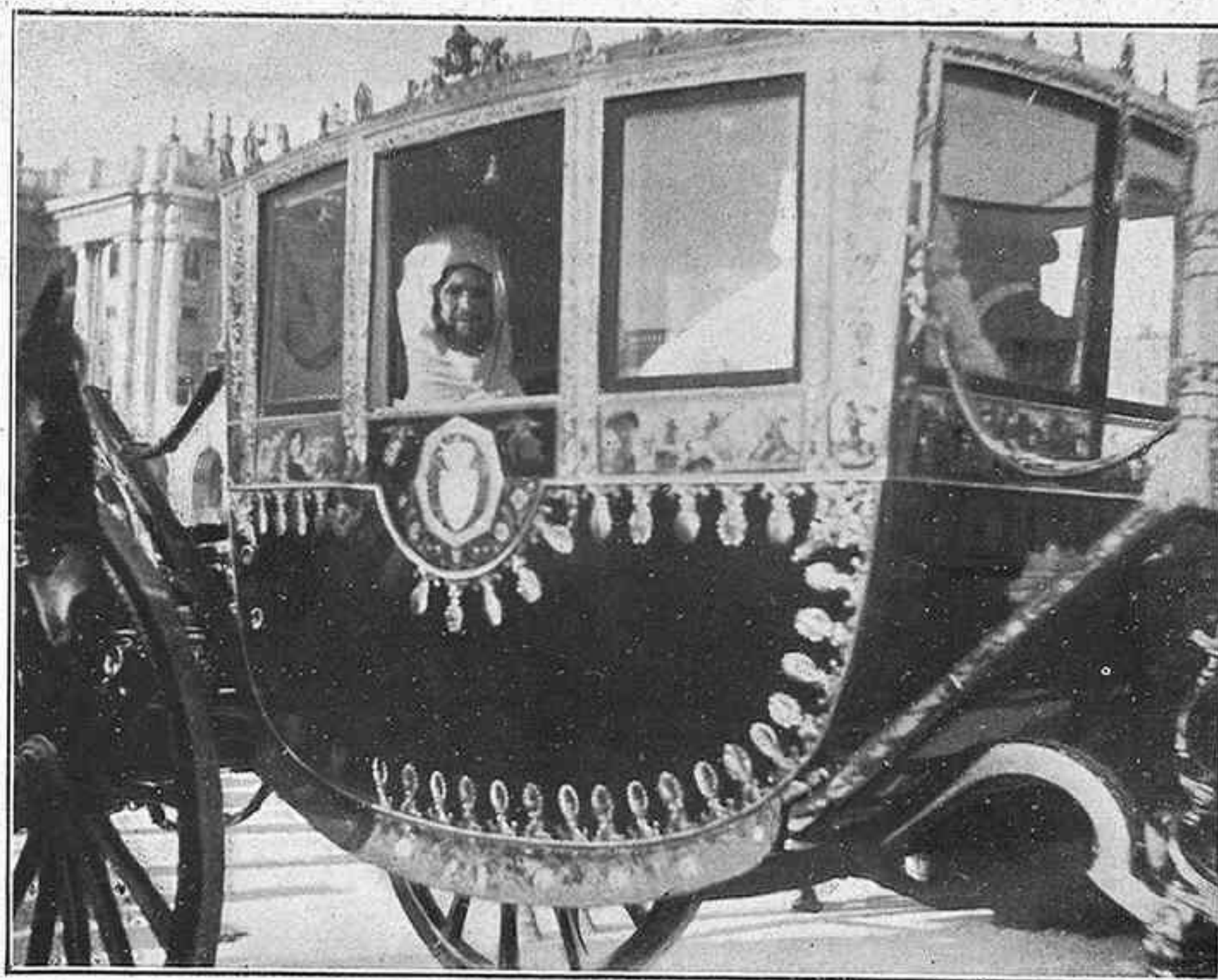
al que contestó con otro D. Alfonso XIII. Como es de rigor, ambos discursos expresan los sentimientos de gran amistad que unen á las dos naciones, y el deseo y la esperanza de que lleguen á feliz término las negociaciones que la embajada trae encargo de realizar.

Terminado que hubo el rey su discurso, el representante marroquí puso en manos de S. M. las credenciales, y don Alfonso XIII, descendiendo del trono, conversó un rato, por medio del intérprete, con los individuos de la embajada. Después, el rey, la embajada y la servidumbre de S. M. pasaron á la sala Gasparini á ver los regalos que á nuestro monarca envía el sultán Muley Hafid, y entre los cuales hay varios tapetes para centro de mesa, almohadones, sillas de montar, una espingarda, un sable, una guma, babuchas, un juego de te de cobre, telas de varias clases, brazaletes, etc.

Los embajadores recorrieron las principales habitaciones de palacio y regresaron luego al hotel, del que salieron á poco para hacer al presidente del Consejo y al ministro de Estado las visitas de rúbrica, que les fueron inmediatamente devueltas por los Sres. Maura y Allendesalazar. También visitaron á los infantes.

No puede decirse que la embajada marroquí haya venido á España con buenos auspicios; en efecto, el mismo día que llegó á Madrid ocurrieron en el campo de Melilla los graves sucesos que han obligado al gobierno á tomar energícas medidas para castigar á las cabilas rebeldes, sobre las cuales ninguna autoridad tiene el sultán, y que demuestran la necesidad de continuar la ocupación de las posiciones cuya evacuación es precisamente el objeto principal que traen los embajadores, y aun de ocupar otras nuevas, para evitar sucesivas agresiones y garantizar la seguridad de nuestras plazas del Norte de Africa.

Por otra parte, la situación comprometida en que, según las últimas noticias, se halla Muley Hafid en Fez, no es la más á propósito para demostrar la efectividad de su soberanía y para garantizar, por ende, las negociaciones de sus embajadores.—R.



El primer embajador al salir del palacio real después de entregar sus credenciales á S. M.

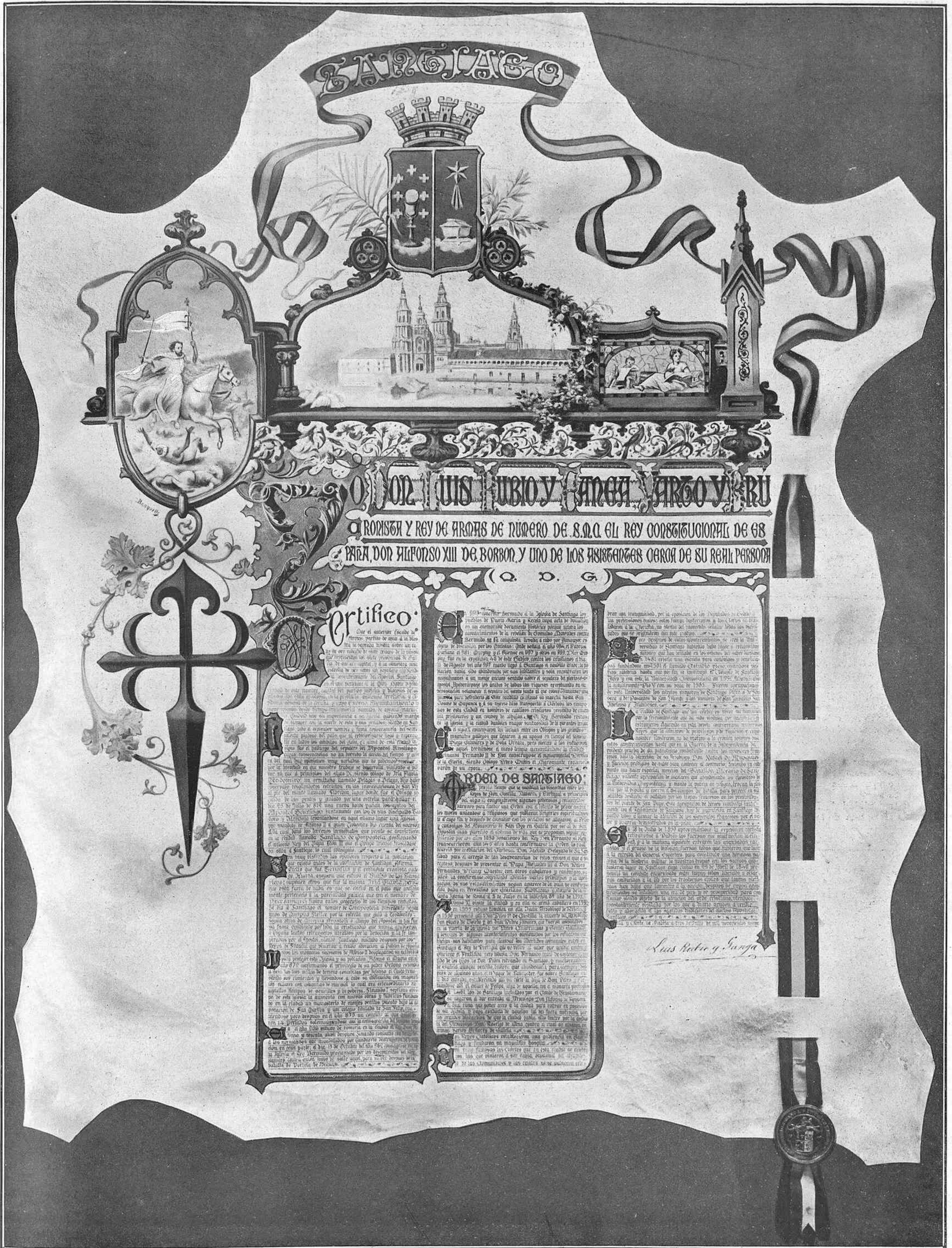


La embajada marroquí conducida en las carrozas reales, á la salida del palacio



BAJO EL EMPARRADO, cuadro de Jaime Morera





EJECUTORIA DE LA CIUDAD DE SANTIAGO, hecha por acuerdo del Ayuntamiento y encargada al cronista y rey de Armas de S. M. D. Luis Rubio y Ganga, para que figure en la Exposición que en breve ha de inaugurar D. Alfonso XIII Pergamino, obra del pintor D. Antonio Ribó Banquells y del calígrafo D. Mariano Balbuena

D. ROQUE SÁENZ PEÑA

Ha comenzado en la República Argentina la campaña de propaganda preparatoria de la próxima elección presidencial, y entre los candidatos que, según todas las probabilidades,



D. Roque Sáenz Peña, ministro de la Argentina en Roma, proclamado recientemente candidato a la presidencia de aquella República (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

lucharán con mayores esperanzas de éxito figura D. Roque Sáenz Peña.

El Sr. Sáenz Peña es actualmente ministro de aquella República en Italia, y desde su país le han enviado recientemente numerosos telegramas dándole cuenta de haber sido proclamada su candidatura para la presidencia.

El día 4 de este mes celebró un gran meeting en el teatro de la Opera de Buenos Aires; ilustres políticos hablaron en pro de la candidatura, siendo entusiastamente aplaudidos, y por acuerdo unánime dirigióse por cable al Sr. Sáenz Peña el siguiente mensaje firmado por personalidades muy conocidas: «En el teatro de la Opera y en sus alrededores, 8.000 personas han aclamado el nombre de usted. El éxito ha sido enorme. Felicitaciones calurosas.»

Pocos días después recibía el Sr. Sáenz Peña otro cablegrama concebido en los siguientes términos: «En nombre de cuatrocientos amigos del comité de la Juventud, tenemos el honor de comunicar a usted que iremos a recibirle a Montevideo en el vapor *Londres*, y suplicamos a usted que se sirva transbordar en aquella capital a fin de entrar con nosotros en Buenos Aires.»

La personalidad de D. Roque Sáenz Peña es, desde hace muchos años, una de las más respetadas en la República; y

FRANCFORT

EXPOSICIÓN INTERNACIONAL AERONÁUTICA

El día 10 de este mes inauguróse solemnemente en Francfort la Exposición Internacional Aeronáutica. El presidente de la misma Dr. L. Gans, consejero íntimo, pronunció en el acto inaugural un discurso haciendo ver los beneficios que pueden esperarse de la locomoción aérea, que contribuirá a la aproximación de las naciones y favorecerá sus relaciones pacíficas.

La exposición, instalada en magníficos edificios, resulta en extremo interesante, pues en ella se ha reunido todo cuanto puede interesar a los aficionados a la aerostación, quienes tienen ocasión de admirar en ella los rápidos progresos que se han realizado en el importantísimo problema de la conquista del aire.

ALINA VAN BARETZEN

En el concurso del Conservatorio de París recientemente celebrado, ha obtenido el primer premio de piano la niña Alina Van Baretzen, cuyo retrato publicamos adjunto y que se ha revelado como un verdadero prodigio.

Sus estudios han sido, pues, etapas rápidas y gloriosas, y ahora se ha visto consagrada como gran artista; y no solamente por el jurado, en el que figuraban hombres tan eminentes como Fauré, Pugnó y Bauer, sino por su propio profesor, quien le decía: «Eres una niña y sin embargo tocas como una mujer de mucha experiencia.» Y el ilustre Paderewski, después de haberle oído interpretar en un concierto la tercera balada de Chopin, no pudo contener su admiración, y cogiendo las manos de la niña-prodigio, díjole besándola: «No he oído nunca tocar esta balada con tanta emoción, con tanta ternura, con tanta ciencia. Señorita, no es usted una aficionada, es usted una gran artista, y dentro de algunos años será usted una pianista extraordinaria.»



Alina Van Baretzen, niña de doce años que acaba de ganar el primer premio de piano en el Conservatorio de París. (De fotografía de Harlingue.)

El cronista de *Le Figaro*, al dar cuenta del concurso, dice hablando de Alina: «Se ha clasificado desde el primer momento muy por encima de sus compañeras; esta niña de doce años está dotada de todas las cualidades que hacen los grandes virtuosos; posee una técnica deliciosa, una mano izquierda excelente; ha tocado la fuga de las Variaciones en mi bemol, op. 35, de Beethoven, con limpieza perfecta, y tiene un temperamento muy acentuado y casi la naturaleza de sonido que conviene a la obra de Beethoven, cuya interpretación parecía vedada a sus pocos años. Pero la sensibilidad de esa alma exquisita ha sabido reducir a la nada todas las inverosimilitudes.»

Alina Van Baretzen nació en Boston en 7 de julio de 1897, y a la edad de siete años comenzó a tocar el piano para divertirse y sin estudiar. Su madre prefería dedicarla al violín, y ella, dócil, aprendió este instrumento, aunque sin afición; pero a escondidas volvía a su piano, y sus padres la sorprendían muchas veces probando los *lieder* de Schubert ó los preludios de Chopin.

Al poco tiempo renunció al violín y con su madre se trasladó a París, entrando en el Conservatorio; tenía entonces nueve años. Siguió allí los cursos de la señora Marcon, obteniendo la primera medalla de solfeo, y al año siguiente, des-



Francfort.—Exposición Internacional Aeronáutica recientemente inaugurada (De fotografía de Carlos Delius.)

sus excepcionales dotes de talento, laboriosidad y amor al estudio, probadas en los muchos y muy importantes cargos públicos que ha desempeñado, permiten asegurar que, si llega a ocupar el puesto de primer magistrado de su nación, su gobierno ha de ser altamente beneficioso para la Argentina.

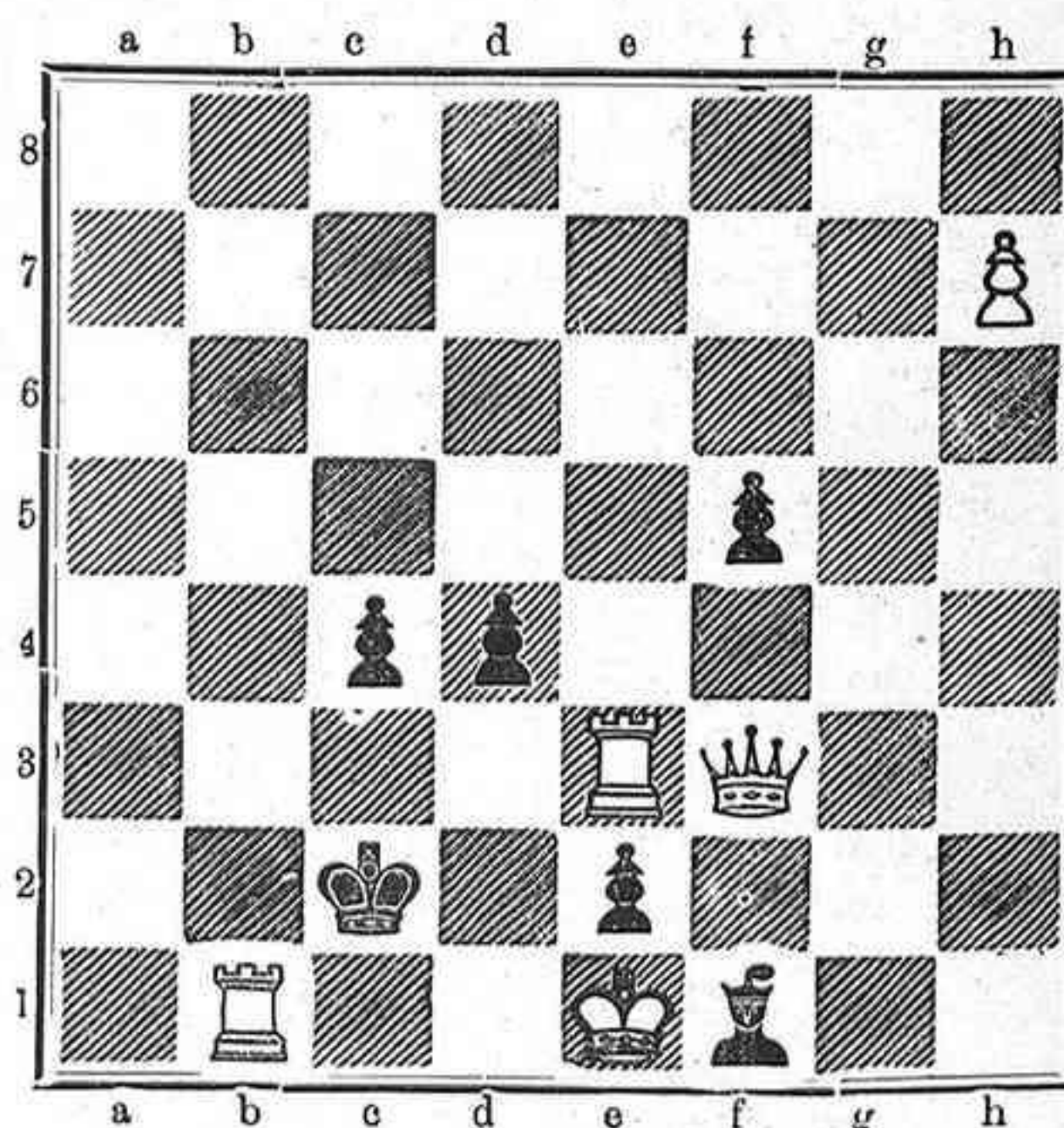
pués de haber estudiado con la señorita Long, ganaba la primera medalla de piano.

A los once años era admitida en el curso superior del célebre profesor Delaborde, en el que, como hemos dicho, ha alcanzado últimamente el primer premio.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 524, POR V. MARÍN

NEGRAS 6 piezas)



BLANCAS (5 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 523, POR V. MARÍN

- |                  |            |
|------------------|------------|
| Blancas.         | Negras.    |
| 1. A e7-d8       | 1. C f1-e3 |
| 2. D a4-f4 jaque | 2. Re5xf4  |
| 3. A mate.       |            |

VARIANTES.

- |                |                      |
|----------------|----------------------|
| 1..... Re5-d6; | 2. Cc3-e4 jaq., etc. |
| Ca7-c8 ó b5;   | 2 Cc3-b5, etc.       |
| Otra jugada;   | 2. Ad8-c7 jaq., etc. |

## LADRÓN DE AMOR (I)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



Luciano se levantó bruscamente, pálido, tembloroso, é inclinado, con el oído pegado á la puerta, escuchó sin aliento

—Adelante, pues, consintió Luciano.

—Vamos á extender esto en seguida, dijo el ex pasante; dame pluma y papel; verás qué pronto está hecho.

Anocheía y el saloncito se llenaba de sombra.

La señora de Favreuse encendió un quinqué y trajo al amigo de su hijo recado de escribir.

Griffonnier se recogió un momento y empezó luego á redactar su demanda, cuyos principales pasajes leía de vez en cuando en alta voz.

«En apoyo de su querrela, el infrascrito tiene el honor de explicar al señor procurador fiscal de la República...»

Un campanillazo cortó la palabra al ex pasante.

La señora de Favreuse se levantó vivamente.

—¿Quién será?, preguntó sorprendida.

Salió del saloncito, atravesó el comedor que lo precedía y llegó al pasillo.

—Continúa, dijo Luciano á Griffonnier.

Éste iba á continuar su lectura, cuando una exclamación le detuvo, y produjo en el marido de Juana una violenta conmoción.

Luciano se levantó bruscamente, pálido, tembloroso, é inclinado, con el oído pegado á la puerta, escuchó sin aliento.

—¡Madre..., mi querida madre!., pronunció una

voz impregnada de emoción luego que la señora de Favreuse hubo abierto la puerta.

—¡Tú..., Edmundo, eres tú!, exclamó á su vez la comadrona reconociendo á su hijo.

—¡Mi hermano!.. ¡Mi hermano!., balbuceó Luciano trastornado al oír aquello.

Su espanto sorprendió al ex pasante.

—¡Tu hermano!., dijo en voz baja Griffonnier. Y bien, ¿qué?..

Luciano le impuso silencio con un gesto casi imperioso.

Y volvió á escuchar.

Era, en efecto, la voz de su hermano; no cabía la menor duda.

Un sudor frío brotó de la frente del miserable, cuyas piernas flaqueaban.

Oyóse el ruido de la puerta de entrada al volverse á cerrar.

Edmundo pasó con su madre á la primera pieza. Los dos hermanos iban á encontrarse en presencia uno del otro.

—¡Luciano!, llamó la comadrona. ¡Es tu hermano!

—¡Luciano!., exclamó Edmundo. ¿Está aquí?..

—Sí, tu hermano está aquí, contestó la señora de Favreuse. ¡Cuánto se va á alegrar de verte!

—Y yo, mi querida madre, dijo Edmundo, ¡qué dicha tengo de volverte á ver!.. ¡Ah, qué de cosas dolorosas he sabido ya desde mi regreso de América!.. Vengo del Cepellón, he visto al Sr. Laroche...

La madre y el hijo estaban en el umbral del comedor.

—¡Luciano!, llamó otra vez la señora de Favreuse en los brazos de Edmundo, que la besaba. Ven, es Edmundo.

Entonces abrió la puerta de la segunda pieza y dió un grito de sorpresa.

—¡Oh, oh!, exclamó la madre.

La pieza estaba vacía.

Edmundo miraba á su madre con asombro.

Y la comadrona, desconcertada, miraba á su alrededor sin comprender.

Cuando Edmundo pronunció el nombre de Laroche, Luciano dió un salto. ¡Su hermano lo sabía todo!..

Cogió á Griffonnier por el brazo y se lo llevó á viva fuerza, diciéndole sin aliento:

—¡Ven..., ven!..

—¿Pero te has vuelto loco?, protestó Griffonnier.

—¡Ven, ven, te digo!..

Abrió la segunda puerta que, del comedor, daba al pasillo, y tirando siempre de Griffonnier, aturdido, ganó la puerta de entrada, la abrió y minutos después los dos hombres estaban en la calle.

—Pero en fin, reclamó Griffonnier, ¿me explicarás?.. ¿Es tu hermano el que te hace huir así?

—¡Ven..., ven!.. Ya te explicaré..., más tarde..., dijo con voz entrecortada el marido de Juana. Sí, es él... ¡No quiero verle!.. ¡No quiero verle!..

Doblaron la esquina y desaparecieron.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

## XXIII

## SUPREMA SUBSTITUCIÓN

Imposible dar una idea de la estupefacción que tenía como clavada en el suelo á la señora de Favreuse, ante la inconcebible desaparición de su hijo. «¿Dónde está?..» — se preguntó.

Y añadió en voz alta:

—Estaba aquí hace un instante. Estaba conmigo, en compañía de un amigo suyo... No lo comprendo.

Edmundo tampoco acertaba á explicarse lo que pasaba.

—Luciano no sabía que fueses tú el que llegaba, dijo la madre; sin embargo, no me explico que se haya marchado así.

—No puede haber ido lejos.

—¡Pobre hijo mío...!, tiene tanto que sufrir!.., dijo la señora de Favreuse. No sabes los disgustos que ha tenido. Quizá se le ha ocurrido súbitamente una resolución, pues buscábamos juntos lo que tenía que hacer...

—Luciano está casado, ¿verdad?, preguntó Edmundo.

—¡Ah! ¿Lo sabías?

—Lo supe al llegar, pues hace años que no he recibido noticias de él, y lo primero que hice fué ir á su antiguo domicilio, donde me lo dijeron.

—Sí, un casamiento muy desgraciado, dijo la comadrona. Se casó con Juana Laroche...

—¡Juana Laroche!.., exclamó Edmundo con voz llena de estupor y de angustia.

—Sí; ¿tú la conoces?.., explicó la madre, que no comprendió el sentido de la exclamación de su hijo. Es la hija del Sr. Laroche, el amigo de tu padre, que vivía en el bulevar de San Germán.

—Ya sé...!, dijo el infeliz, terriblemente pálido.

—¿Pero qué tienes?, preguntó la señora de Favreuse, inquieta al ver el cambio que sufrió el rostro lívido del joven.

—Nada, contestó Edmundo dominándose á duras penas. ¿Dices que Luciano se casó con Juana Laroche?..

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace tiempo...!, antes de su servicio militar...

—¡Ca!.. Te equivocas

—Estoy segura.

—Es imposible, madre, atestiguó Edmundo. Te juro que es imposible... Luciano estaba conmigo en el Havre cuando sentó plaza... Era algunos meses después de la muerte de nuestro padre. Sentó plaza en la alcaldía del Havre, estando yo presente, en febrero de 1876... Entonces no estaba casado... No conocía siquiera al Sr. Laroche ni á su hija, pues nunca puse los pies en nuestra casa mientras vivimos en el bulevar de San Germán...

—Es verdad, no les conocía...

Edmundo, abrumado, se dejó caer en un sillón y continuó pausadamente:

—Luego le vi en Londres, en diciembre del mismo año, cuando fué á pasar allí el tiempo de licencia que había obtenido antes de mi salida para América... Entonces estaba yo en casa de mis amos, los Sres. Pick y Sons, de quienes en el día soy socio... Tampoco estaba casado mi hermano entonces, y no podía estarlo, puesto que prestaba su servicio militar...

—¿En 1876, dices?

—Sí...!, en 1876, afirmó Edmundo.

—¿Estás seguro de no equivocarte?

—Absolutamente seguro.

—Entonces, no lo comprendo... No es eso lo que yo creía...!, dijo la señora de Favreuse. No es eso lo que tu hermano me dijo...

—¿Qué sabes, pues?.. Habla, madre, por favor, suplicó el infeliz, que creyó que su madre vacilaba.

—No hace mucho tiempo que he vuelto á ver á Luciano, dijo entonces la comadrona. Parece que me había buscado en la época de que hablas.

—¿Qué te dijo?.. ¿Cómo te explicó su casamiento?.., preguntó Edmundo impaciente.

—Yo creía, según me dijo, que se casó antes de servir en el ejército... Una vez casado y hallándose su mujer en vísperas de ser madre, Luciano vió acercarse el momento en que iba á ser llamado á las filas y se ocultó con ella en una casa aislada, en Meudon, cerca de aquí... Fué detenido como insumiso el día antes del alumbramiento de su mujer, y por una casualidad providencial, fué la llamada como comadrona para asistir á aquella joven que yo no reconocí entonces...

Durante la relación de su madre, Edmundo había reflexionado; había hecho memoria y comprendido lo que debió pasar.

Tuvo la intuición de la conducta monstruosa de

su hermano, al recordar la conversación que habían tenido juntos en Londres, cuando Luciano le habló largamente del Sr. Laroche y de su hija.

«¡Miserable!.. ¡Infame!..—pensó.—¡Me robó mi amor!..»

Pero tuvo la fuerza de contener su espantoso dolor y no quiso gritar á su madre la infamia de aquel hermano que le había arrebatado á la mujer que él amaba.

Quizá su madre no lo hubiera creído.

Edmundo la interrogó.

—¿Dices que la mujer de Luciano fué madre?

—Sí...!, dió á luz una niña, contestó la señora de Favreuse, y nuevas desgracias agobiaron á Luciano y á su esposa.

—Juana Laroche está loca, ¿lo sabes?

—¡Ay, sí, lo he sabido! A consecuencia de su parto... Se vió sola, se creyó abandonada viendo que su marido no volvía... En el estado de debilidad en que se encontraba, perdió la razón... Partió abandonando á su hija, loca como dices...!, no sabiendo ya si quiera que acababa de ser madre.

—¿Y... él?, preguntó Edmundo con voz sombría.

—Luciano fué sometido á un consejo de guerra por insumisión, condenado y enviado á un regimiento que estaba en Africa...

«¡Mentira!.. ¡Impostor!..—pensó Edmundo, que sabía que su hermano había sido declarado inútil después de un año de servicio.—Se hizo licenciar por enfermo para casarse con Juana, para robármela... ¡Infame!»

La señora de Favreuse continuó:

—Del Africa escribió varias veces, pero sus cartas no llegaron, porque no se sabía dónde estaba su mujer. El Sr. Laroche había hecho la más viva oposición á ese matrimonio; ese hombre me tenía tirria y hacía recaer su resentimiento sobre tu hermano... Había habido necesidad de hacer las intimaciones legales y tu hermano se casó con Juana sin el consentimiento de su padre... Después el Sr. Laroche no había querido volver á ver á su hija... Cuando supo su desgracia, cuando la vió tan desdichada, privada de razón, la perdonó, se apiadó de ella y se la llevó á Segonzac.

—¡La he visto!, dijo Edmundo, que comprendía ahora la causa de la cólera del padre de Juana.

—Juana está loca, repuso la señora de Favreuse, y en su locura, como ha perdido la memoria, no sabe ya siquiera que ha sido madre... Pero háblame de ti, añadió acercándose á su hijo y cogiéndole las manos. ¡Fuí tan cruelmente separada de ti!.. No te había vuelto á ver desde que saliste del colegio... ¡Pobre hijo mío, que sufriste por los disonimientos que desunieron á tus padres!..

Le besaba, y Edmundo, procurando dar tregua á su sufrimiento mezclado con una impotente cólera y una sombría desesperación, contestaba á los besos de su madre.

—¿Entonces tú estabas en América?.. ¿Desde cuándo?..

—Partí á principios de 1877, contestó Edmundo.

—¿Cerca de seis años!.. Te has creado una posición, según acabas de decirme... ¿Eres socio de esa casa?..

—¡Sí...!, estoy satisfecho, madre, muy satisfecho!.., dijo el pobre joven haciendo un violento esfuerzo para dominarse.

—¿Ganas dinero?

—Mucho... Más de lo que nunca me hubiera atrevido á esperar.

La señora de Favreuse vislumbró entonces la salvación para ella. Manifestando á su hijo un ardiente afecto, no la dejaría en aquella situación casi miserable, puesto que era rico.

Iba á adherirse á él.

Le interrogó largamente, felicitándole por lo que había hecho, é ignoró el secreto del espantoso dolor que le torturaba.

Volvamos al Cepellón, donde la vuelta de la pobre Juana á la razón llenaba de alegría el corazón de su desdichado padre.

Dejando sobre la mesa los billetes de Banco que el notario de Segonzac le había traído, el Sr. Laroche volvió al lado de su hija, impaciente por observar de nuevo aquella cura que el doctor Courvoyer le había confirmado.

Juana se acordaba de todo. Entonces iba á poder decir lo que había pasado.

—Me pareció, dijo ella, que un velo que obscurecía mi espíritu se rasgaba de pronto... Vi á mi marido... á Edmundo... Le reconocí...

El doctor detuvo con una mirada al Sr. Laroche que iba á hablar y decirle que el que había visto no era su marido, sino el hermano de éste, que él mismo había confundido con el otro, con el miserable,

juguete de un parecido que explicaba aquella confusión y de que él se dió cuenta al leer la carta traída por el notario Bonamy.

El comerciante calló.

Valía más no desengañarla por el momento.

El doctor Courvoyer continuó:

—¿Entonces usted le reconoció?

—Sí...!, sí... ¡Eh!.. ¡Después de tanto tiempo!.. ¿Entonces he estado muy enferma?.. ¿Cómo es que no me acordaba?..

—De resultas de su maternidad, explicó evasivamente el médico.

—¡Mi hija!.. ¡Mi hija!.., gritó Juana. ¡Mi pobre Jenny!.. ¿Dónde está?..

—Ya la verá usted, pero paciencia... Su curación es todavía imperfecta...

—No, le aseguro á usted... Recuerdo perfectamente... ¿Dónde está mi hija?..

—Contésteme usted, Juana, porque es preciso que sepamos... Su hija, su pequeña Jenny, ¿dónde nació?

Juana, impresionada por esta pregunta, pareció reflexionar un instante.

Trataba de recordar.

—¡Aguarde!.. Ya me acuerdo...!, dijo ella. Sí, en Meudon... Allí fué...

De Auteuil, de la calle de Boileau, ¿fué usted á Meudon?, preguntó el doctor.

—¿Lo recuerdas?, intervino el Sr. Laroche. Vivíais en Auteuil... ¿Y luego fuisteis á Meudon?.. ¿No te acuerdas?

—Sí, á Meudon, contestó Juana; en lo más alto, cerca del viaducto... Una casita aislada...

El doctor Courvoyer estimuló por señas al señor Laroche para que continuase sus preguntas referentes á la niña. La evocación de aquellos recuerdos conmovedores producían en el espíritu de Juana el efecto más saludable, y el eminente alienista quería limitarse á seguir á su querida enferma, á observarla de lo más cerca posible, á fin de graduar las sensaciones que le permitiría percibir.

Entonces el antiguo comerciante continuó, acariciando suavemente la mano de su hija que tenía en la suya.

—¿Fué en esa casa donde tu hija nació?, preguntó el padre.

—Allí fué, contestó Juana. Y me encontraba sola, solita... ¡Oh, me acuerdo bien!.. Vino una mujer, una mujer á quien yo no conocía... Con otra que fué á buscar...

—¿Y tu hija?.. Tu pequeña Jenny, ¿á quién la entregaste?.. ¿Quién la cuida?..

—¡Mi hija!.. Y bien, sí, ¿dónde está?, preguntó la joven madre. ¿No está aquí?..

—No... No pudimos saber lo que habías hecho de ella y esperábamos que tú lo recordases para ir á buscarla y devolvértela.

—¿Es verdad?.. ¡Entonces mi hija se ha perdido!, gimió la pobre Juana con acento desgarrador.

—No, no se ha perdido, intervino el doctor con una afirmación que devolvió realmente la esperanza á la dulce enferma. Se la devolveremos á usted, yo se lo prometo.

—Pero es necesario que tú nos ayudes, añadió el Sr. Laroche. Procura recordar bien lo que pasó después del nacimiento de tu hija... ¿Te encontrabas sola, dices?..

—Sí, sola...!, dijo Juana. Yo esperaba á Edmundo que había ido á París á buscar dinero...

El Sr. Laroche había comprendido ya lo que debía haber pasado. Por la concordancia de las épocas, él, que conocía la fecha de la prisión del miserable, supo que fué detenido en aquel momento.

Le repugnaba hablar del infame á su hija.

—No volvió, añadió Juana con voz desolada. Yo le esperaba siempre...!, no sabía qué pensar...

—Y tu hija, interrumpió el Sr. Laroche, la ¿tenías contigo?..

—Sí, conmigo...

—¿Y luego?..

—No sé...!, dijo la infeliz haciendo vanos esfuerzos para acordarse. No sé...

—Fué en aquel momento cuando se puso usted enferma, hija mía, dijo el doctor Courvoyer. De resultas de su parto, una fiebre violenta se apoderó de usted... Una fiebre cerebral...!, con delirio... Por eso no se acuerda usted.

—No me acuerdo, no, dijo Juana. No recuerdo nada más.

Y en seguida suplicó:

—¡Yo quiero mi hija!..

—Se la devolveremos, contestó el médico. Se le prometido á usted. Es preciso que usted nos ayude á encontrarla, y para eso, escúcheme, comprenda bien lo que le voy á decir y recordará.

—Sí, ya le escucho.

—Voy á decir á usted lo que pasó luego... Partió

usted, sin duda, de aquella casa en que vivía, dijo el alienista, que reconstituía con la imaginación los acontecimientos según las conjeturas muy verosímiles que había hecho. Era usted presa de aquella fiebre que la privaba de la facultad de razonar y que había abolido en usted la memoria. Sola, abandonada en aquel momento tan crítico, no la preocupaba á usted más que la idea de encontrar á su marido, cuya ausencia le parecía incomprensible.

—Es verdad, me acuerdo, dijo Juana. ¡Oh, cuánto sufrí!

—Entonces, para verle venir más pronto, quiso usted salirle al encuentro, y efectivamente, saliéndole á la niña en la casa, y una vez fuera, como era de noche, se extravió... En vez de volver á su casa, anduvo errante y vino á París.

—¡A París!

—Sí, hija mía, y entonces fué cuando su padre la encontró.

—Pero entonces, dijo el Sr. Laroche, no te acordabas de nada, y no pudiste darme ningún informe, ningún indicio.

Juana escuchaba con la más viva sorpresa.

—Te llevé á casa, continuó su padre. Nuestro viejo amigo, el doctor Desvallieres, te asistió. ¿Te acuerdas de él?

—Sí, sí, el doctor Desvallieres, ¿no me he de acordar?, dijo Juana. ¡Era tan bueno!

—Te cuidó y te acompañó aquí, donde te traje, porque el aire del campo era mejor para tu restablecimiento... Vino varias veces...

—¿Y mi hija?

—No pudimos saber nada. ¡Como no hablabas!

—¿Recuerda usted el nombre de la comadrona que la asistió?, preguntó entonces el doctor Courvoyer. Ella debió cuidar de la niña, después de haberse marchado usted. No hay más que buscarla y se la devolverá á usted. ¿Cómo se llama?

—No sé, contestó Juana; yo no la conocía.

—¿Y la otra mujer que fué por ella?

—Tampoco conocía yo aquella mujer.

—No importa; asimismo la encontraremos; en Meudon, las comadronas no deben ser muchas. Además, su nombre debe figurar en la partida de nacimiento de su hija, pues ella hizo, necesariamente, la declaración legal en la alcaldía.

—¿Reconocerías la casa en que vivías?, preguntó á su vez el Sr. Laroche.

—¡Oh, sí, sí!, declaró Juana. Aún me parece que la estoy viendo... Está más arriba de la vía férrea, en una altura... Tiene una vista espléndida... Se ve todo París...

—Iremos y encontraremos lo que buscamos.

—¿Quién sabe lo que habrá sido de mi pobre hija!..., suspiró la desventurada madre.

—La comadrona la recogió, afirmó el doctor Courvoyer, que quiso calmar un dolor que hubiera podido ser funesto. La confió á una nodriza, y ya la hubiéramos encontrado si usted hubiese podido decirnos que nació en Meudon. Ahora será fácil y su padre va á telegrafiar á París.

—Voy á telegrafiar á nuestro buen amigo Verdelet, dijo el Sr. Laroche. Irá á Meudon, verá á la comadrona, sabrá á quién entregó la pequeña Jenny y la nodriza la traerá aquí.

Una sonrisa de felicidad iluminó el rostro de Juana, y sus miradas llenas de ternura dieron las gracias á su padre.

Le pasó el brazo por el cuello y lo atrajo á sí para besarlo.

—¡Qué bueno eres!..., le dijo. ¿Entonces me perdonaste, puesto que todavía me quieres..., puesto que me encuentro á tu lado?...

—Sí, Juanita mía, te perdoné, contestó el padre fuertemente emocionado. ¿Podía verte sufrir sin compadecerte?... ¿Puede un padre dejar de amar á su hija, sobre todo cuando ella sufre?... ¿Puede rechazarla cuando se halla abandonada?...

—¡Abandonada!..., exclamó Juana en la explosión de un dolor súbito. ¡Cómo!... ¿Mi marido?...

El sabio alienista intervino inmediatamente.

—Su padre no quiere decir que su marido la abandonase, interrumpió. Pero se encontraba usted sola cuando el Sr. Laroche la encontró y la trajo aquí para cuidarla... Por esto su marido ignoraba lo que había sido de usted.

—Pero ahora lo sabe, puesto que ha venido, dijo Juana sin respiración. Estaba aquí hace poco...

Y volviéndose hacia su padre:

—No le has perdonado aún, dijo con dolor, puesto que lo has echado...

Laroche no sabía qué contestar.

No podía confesar á su hija la cruel verdad que la hubiera torturado.

Aquella revelación hubiera quizá trastornado nuevamente su razón apenas recuperada.

Juana ignoraba todo lo que había pasado desde el momento en que, atacada de locura, había perdido la memoria.

No sabía nada del crimen del miserable ni de su condena.

Ahora, curada, no se acordaba sino de los sucesos anteriores á su demencia.

El doctor Courvoyer intervino de nuevo substituyendo al Sr. Laroche, cuya cruel perplejidad comprendía.

—Su padre no ha podido ver al Sr. de Favreuse, dijo, sin pensar que era causa de esa espantosa enfermedad que usted ha padecido... y no ha podido dominar su resentimiento al hallarse en su presencia.

—¡Oh, padre!, suplicó entonces Juana, puesto que todavía me amas..., puesto que me has perdonado, ¿le perdonarás también?...

—Sí, su padre le perdonará, contestó el médico.

—¿De veras?... Dí, padre mío, ¡prométemelo!... ¡No querrás que yo sufra..., que yo sea desgraciada!...

—Es preciso, ante todo, recuperar á tu hija, contestó el padre de Juana violentándose. ¡Es lo más urgente!... ¡Después, ya verás!...

—Sí, su hija, dijo el doctor Courvoyer, aprovechando aquel cambio de conversación. ¡Hay que saber dónde está!... ¡Calcule usted, ya debe ser grande!...

—¡Grande!..., dijo Juana estupefacta.

—Sí... ¡Hace ya tiempo que está usted enferma!

—¡Mucho tiempo! ¿Cuánto?

—Su pequeña Jenny debe tener más de cuatro años.

—¡Cuatro años!... ¿Y yo he estado enferma tanto tiempo?...

—¡Muy enferma!

A una señal imperceptible del doctor, el Sr. Laroche se levantó.

—Voy á telegrafiar en seguida á París, dijo. ¡No hay tiempo que perder!... ¡Ahora que sabemos dónde está tu hijita, quiero devolvértela!...

Esto dicho, besó á Juana, diciéndole:

—¡Quédate con el doctor!

Y pasó á la estancia inmediata.

El antiguo comerciante redactó en seguida un largo telegrama dirigido á su amigo Verdelet, el notario de la calle de Bonaparte, suplicándole que fuese inmediatamente á Meudon, que practicara las diligencias necesarias para encontrar á la hija de Juana, y le dió todos los datos que poseía.

Le enteró de la curación de su hija y le explicó cómo aquel recuerdo había sido despertado en ella por la violenta emoción con que los doctores Courvoyer y Desvallieres habían contado siempre, emoción producida por la vista del otro hijo de Favreuse, que Juana, engañada por el parecido, había tomado por su esposo.

Al mismo tiempo redactó otro telegrama para el doctor Desvallieres, pues estaba impaciente por anunciar á su viejo amigo la fausta nueva y quería hacerle venir al Cepellón.

Al día siguiente el doctor Desvallieres llegó.

Había visto al Sr. Verdelet, quien antes de ir á Meudon había ido á comunicarle la feliz noticia.

El viejo amigo del Sr. Laroche vió con la más profunda satisfacción la cura de Juana.

Se le puso al corriente de todos los sucesos que acababan de ocurrir, y de acuerdo con su eminente colega de Angulema, afirmó que la curación era bien definitiva.

Y no habría temor de recaída alguna cuando Juana hubiese recuperado á su hija, porque el amor maternal acabaría de asegurarla.

Faltaba otro punto doloroso.

El viejo amigo del Sr. Laroche pensaba en el marido de Juana.

Sería preciso que ella supiese la verdad.

El Sr. Laroche no quería oír hablar más de aquel miserable.

Sería preciso, cuando Juana se hubiese fortalecido, sin revelar toda la verdad, buscar un expediente para librarla de aquel hombre, para extirpar en su corazón aquel amor.

El doctor Desvallieres meneaba la cabeza.

Sin dar á conocer á Juana la indignidad de su marido, sin revelar el oprobio de que la había llenado, la cosa sería muy difícil.

Aquel hombre vivía y haría valer sus derechos.

—Hay tribunales para pronunciar la separación, dijo el antiguo comerciante con voz airada. Habrá un día el divorcio, que las Cámaras acabarán por restablecer.

—Entonces será preciso que ella sepa la verdad, dijo el viejo doctor.

El Sr. Laroche no contestó.

En aquel momento surgió en el espíritu del señor Desvallieres una idea que guardó para sí.

«Sí, es un medio...—pensó.—Yo veré... Cuando llegue el momento hablaré.»

El Sr. Verdelet había telegrafiado ya dos veces.

Su último telegrama decía que acababa de ir á Meudon, que había visto la casa en que vivían Juana y su marido, que por este lado no había podido recoger indicio alguno; pero había encontrado en la alcaldía el nombre de la comadrona que había firmado la declaración de nacimiento de la pequeña Jenny.

En seguida había corrido á casa de ella, pero no la había encontrado.

Se había marchado el día antes, y los vecinos no habían sabido decirle adónde había ido.

Sin embargo, no había mudado de casa y le avisarían tan pronto como volviese.

Apenas expedido este telegrama, presentóse un joven en casa del notario de la calle de Bonaparte.

Sin darse á conocer, rogó que el Sr. Verdelet le recibiese en seguida, pues tenía que hacerle una comunicación muy importante.

Era Edmundo de Favreuse.

El dolor espantoso, atroz, que devoraba al infortunado joven desde que la conducta abominable y la monstruosa deslealtad de su hermano le habían sido revelados, se atenúa á la idea de la desdicha de su pobre Juana.

Su cólera misma, aquella cólera terrible que no podía contener sino haciendo un esfuerzo sobrehumano por no revelar á su madre la infamia de su hijo predilecto, aquel odio formidable y justo contra el miserable que tan indignamente le había robado la mujer amada, callaba al pensar en lo que la pobre Juana había debido sufrir.

¡De modo que Juana estaba loca!

¡Qué de sufrimientos, qué de torturas por haber llegado á aquella ruina moral, á la locura!...

¡Qué le había hecho el infame que se la arrebató para convertirla en una mártir!

¡Edmundo se explicaba entonces la cólera, el furor de aquel padre que lo había echado, creyendo alejar sin duda de su hija todo lo que podía recordarle al miserable que la había reducido á tan lastimoso estado!

¿Qué había ocurrido?

¿Qué ocultaban todas aquellas mentiras que Luciano había contado á su madre?

Edmundo quería saberlo.

El interés de la infortunada Juana le movía á averiguarlo.

La amaba todavía, más que nunca porque sabía que era desgraciada, y se preguntaba si no podría salvarla.

Entonces se acordó del notario Verdelet, viejo amigo del Sr. Laroche, que quizá estaría enterado de todo y le pondría al corriente.

Quiso verle, y sin explicar á su madre el motivo de aquella visita, le manifestó su intención.

Sentíase capaz de disimular ante ella el dolor terrible que le torturaba, y la llevó consigo.

La condujo al Gran Hotel, donde le hizo dar un cuarto vecino al suyo.

Y la dejó allí, pensando que así no vería á Luciano, del cual quería separarla hasta haber descubierto la horrible verdad que sospechaba.

Luego se hizo conducir á casa del notario de la calle de Bonaparte.

La sorpresa del Sr. Verdelet fué una verdadera estupefacción cuando le reconoció.

—¡Usted!..., exclamó.

—Edmundo de Favreuse, pronunció el joven con voz sombría. He venido á ver á usted, Sr. Verdelet, como al mejor amigo de una pobre mujer de la cual deseo que usted me hable.

La estupefacción del notario no hacía más que aumentar.

—¿Cómo!..., dijo. ¿De quién habla usted?

—De la mujer de mi hermano, contestó Edmundo dominándose; de la hija del Sr. Laroche.

—¿Su hermano!...

—Sí.

—Usted acaba de decir que es Edmundo.

—Es mi nombre..., mi hermano es Luciano.

—¿Es posible!..., exclamó el Sr. Verdelet.

Edmundo no podía comprender lo que pasaba en el espíritu del notario.

—¿Luciano, Luciano!..., exclamó el amigo del señor Laroche comprendiendo entonces, al notar aquel parecido inimaginable, la substitución operada por el infame que había dado después la medida de su infamia. ¡Luciano!... ¡Ah, el miserable!...

—¿Qué quiere usted decir?, preguntó el joven jadeante.

—¿Es usted Edmundo de Favreuse?

(Se continuará.)

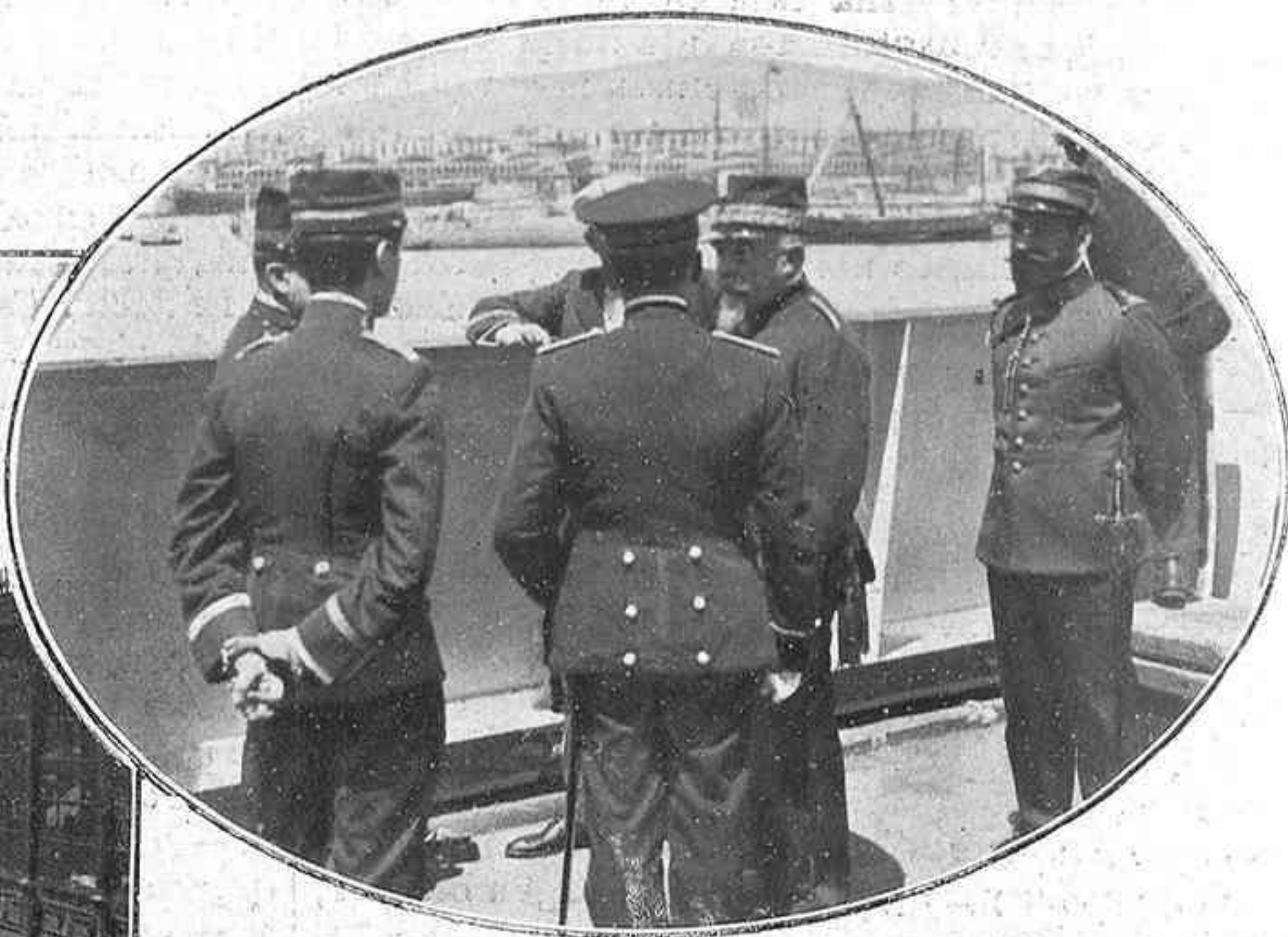
BARCELONA

EMBARQUE DE LAS TROPAS EXPEDICIONARIAS PARA MELILLA

(De fotografías de nuestro redactor A. Merletti.)



Fuerzas de caballería y de artillería dispuestas á embarcarse



El capitán general D. Luis de Santiago á bordo del «Montevideo» presenciando el embarque

civilización á aquellas tierras y fortalezcan y aumenten nuestra influencia en ellas; y finalmente la alta misión que en el acta de Algeciras se le encomienda, le impone ciertas obligaciones que no puede dejar de cumplir so pena de desaparecer como factor, más ó menos importante, en la política europea. Todas estas consideraciones, que no justificarian una guerra de conquista, explican la resolución del gobierno de querer conservar el *statu quo* en la parte septentrional del continente africano adoptando las medidas conducentes para que este *statu quo* no pueda en modo alguno alterarse.

Las fuerzas enviadas á Melilla son las que forman la brigada de cazadores que se hallaba en Cataluña y que se compone de los elementos siguientes: seis batallones con 850 plazas cada uno, un grupo de cuatro ametralladoras, un escuadrón de 125 caballos, un grupo de tres baterías de montaña que suman doce piezas; una compañía de ingenieros zapadores, una compañía de telégrafos con estaciones óptica y telegráfica, una compañía de administración militar con 154 mulas, una ambulancia de montaña y tren de iluminación.

Con objeto de reforzar la guarnición de Melilla y de tener dispuestos en nuestras posesiones del Norte de Africa los contingentes necesarios para prevenir y reprimir, en su caso, cualquiera nueva agresión de las cabilas rifeñas hostiles á España, dispuso el gobierno el envío de una brigada mixta que se centró en esta ciudad y que aquí se ha embarcado con rumbo á la costa africana.

La alevosa conducta de los cabileños asesinando á los trabajadores del ferrocarril que se está construyendo para las minas de Beni-Bu Ifror, obligó al general Marina, gobernador militar de Melilla, á salir de la plaza con algunas fuerzas para castigar á los agresores, entablándose con éstos reñido combate, que terminó con la retirada de los rifeños

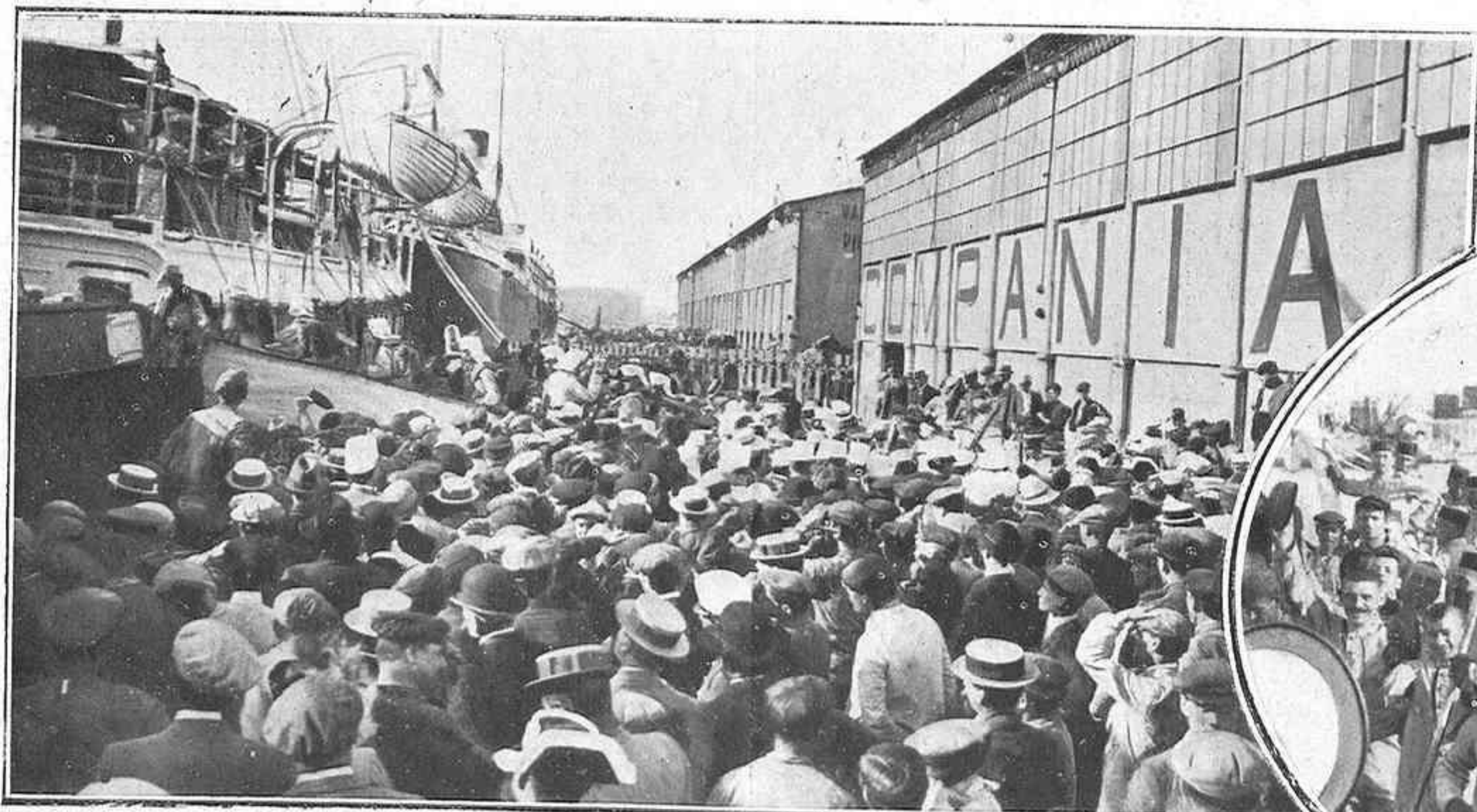
Para conservar estas posiciones y en previsión de que los rebeldes marroquíes no se den por escarmentados con esta primera derrota, en la que sufrieron

y la ocupación, por nuestros soldados, de algunas importantes posiciones, entre ellas el monte Atala- numerosas bajas, es para lo que se envían los refuerzos. España tiene sagrados derechos que defender

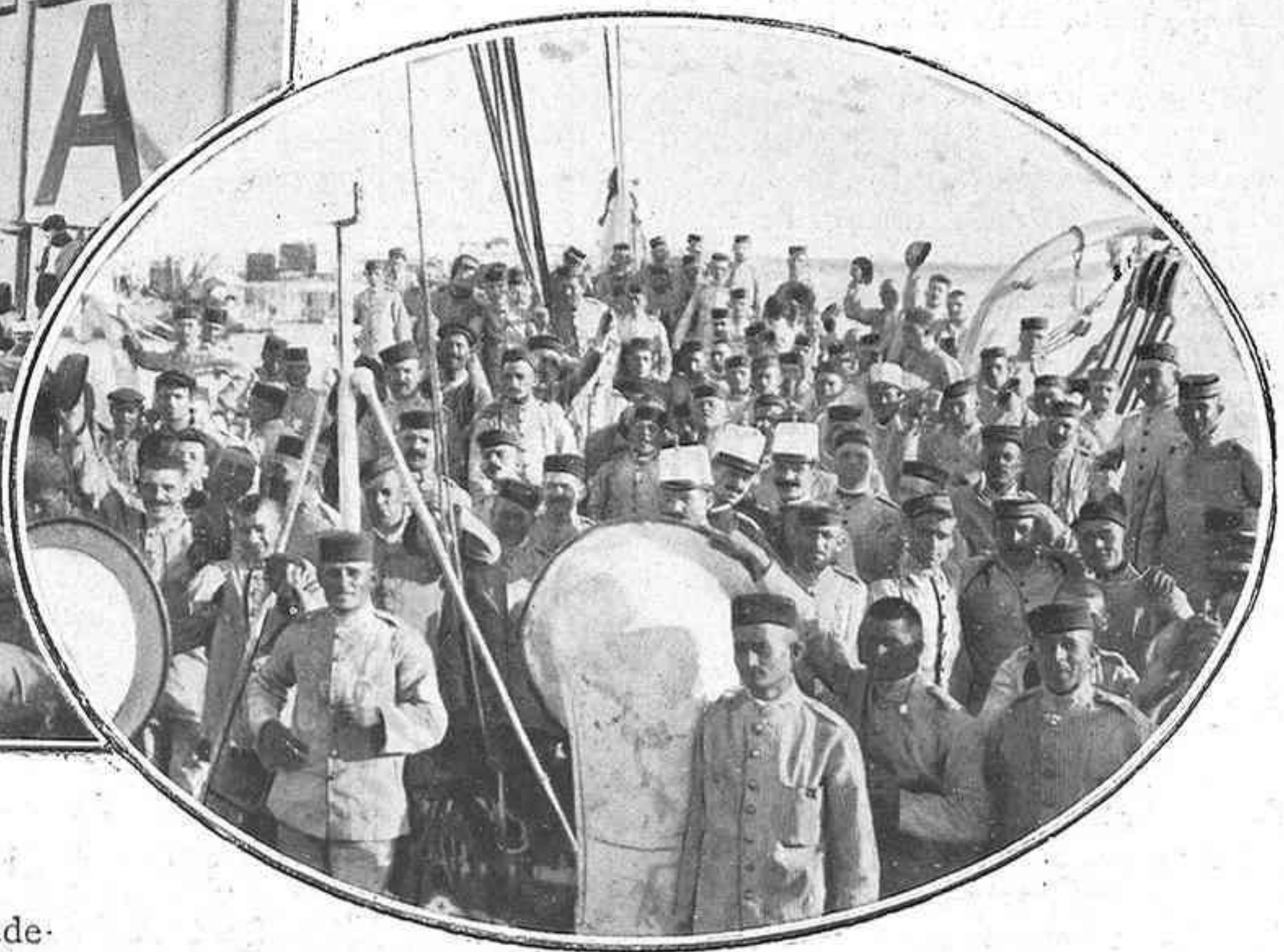


Grupo de jefes y oficiales del batallón expedicionario de cazadores de Barcelona

las de ingenieros en el *Montevideo*, y las de caballería y artillería de montaña en el *Buenos Aires*. El día 14 lo efectuó en el *Cataluña* el batallón de cazadores de Barcelona n.º 3, habiéndose embarcado con él el general D. Miguel Imaz y Delicado, jefe de la brigada mixta expedicionaria; el día 15 el ba-



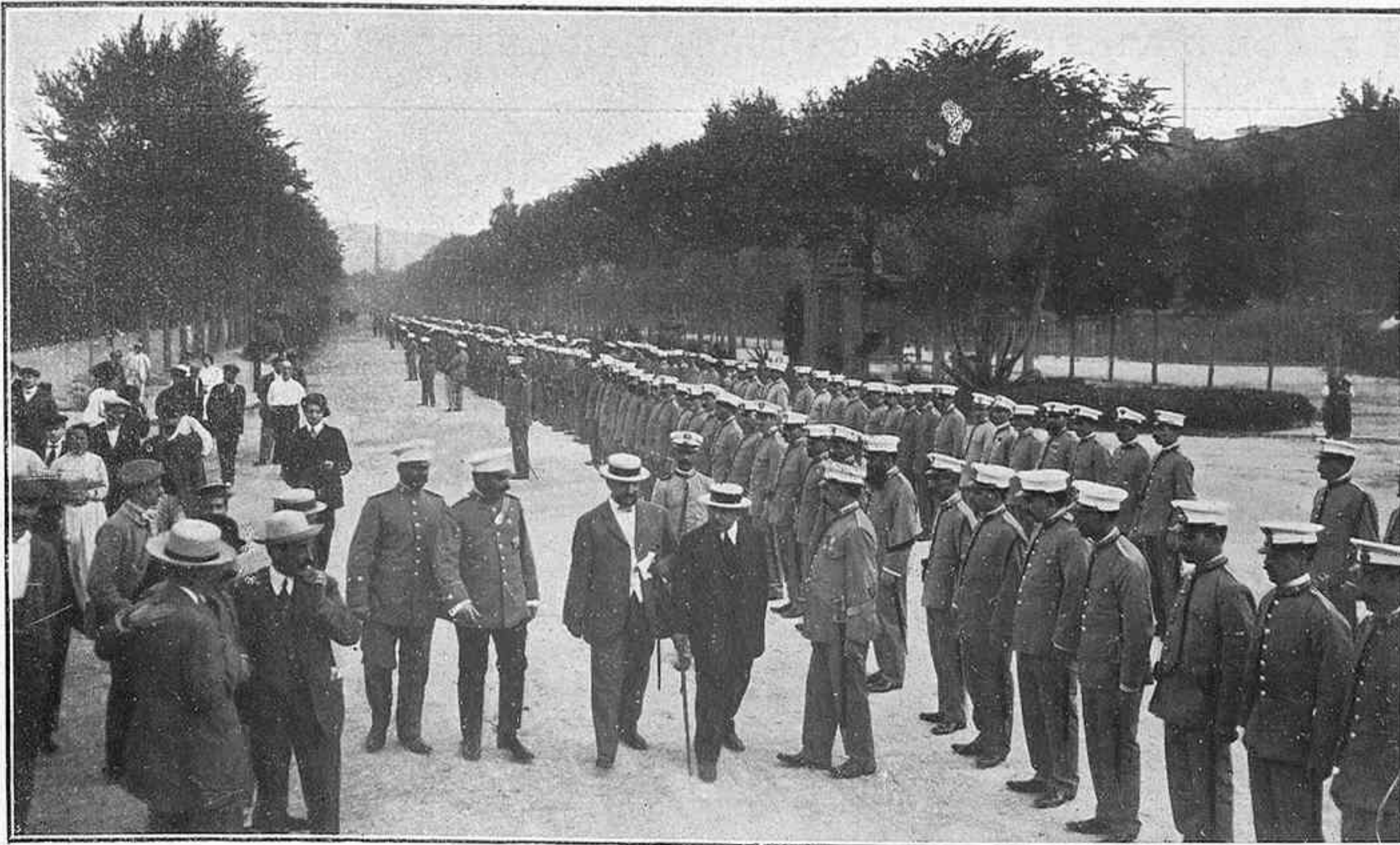
Embarque de las fuerzas del batallón de cazadores de Barcelona en el vapor «Cataluña»



En la cubierta del «Cataluña» antes de zarpar el buque

yón, y en el que nuestras tropas tuvieron un oficial y cuatro soldados muertos y cuatro oficiales y veintidós soldados heridos.

en el Norte de Africa; tiene además que amparar todos aquellos intereses nacionales que llevan la



Barcelona. — El gobernador civil Sr. Ossorio y Gallardo revistando en el Parque las fuerzas del cuerpo de Seguridad.

tallón de cazadores de Mérida en el Ciudad de Cádiz, y el 16, en el Alfonso XII, el batallón de cazadores de Alba de Tormes. El resto de la brigada se irá embarcando en los días sucesivos.

La concentración y el embarque de todas estas tropas se han efectuado con una rapidez y un orden dignos de los mayores encomios, habiendo merecido una laudatoria orden general de la suprema autoridad militar de esta región.

Los embarques de los distintos contingentes han sido presenciados por el capitán general y por un público numerosísimo, que ha hecho á las tropas una entusiasta y cariñosa despedida.

BARCELONA

REVISTA DEL CUERPO DE SEGURIDAD

El día 9 de los corrientes, el Excmo. Sr. gobernador civil de esta provincia D. Angel Ossorio y Gallardo revistó las fuerzas que constituyen el cuerpo de Seguridad de esta capital.

A las cinco de la mañana salieron de sus respectivas delegaciones los guardias con sus jefes y se en-



Sección ciclista del cuerpo de Seguridad formada en el Parque para ser revistada por el gobernador civil. (De fotografías de nuestro redactor A. Merletti.)

camaron al Parque; una vez allí, colocáronse en dos filas por el siguiente orden: sección ciclista al mando del teniente S. Degorgue, banda de gasteros y cornetas, y por secciones los guardias de á pie con sus jefes al frente, los cuatro encargados del bote automóvil, el escuadrón montado, el coche celular y el carro al servicio del citado escuadrón, formando un total de ochocientos infantes y cien jinetes.

Justo es reconocer que el actual gobernador de esta provincia no ha perdonado esfuerzo ni sacrificio para mejorar todos los servicios de seguridad y policía, implantando una serie de reformas que, de ser continuadas, han de dar en sus días el debido fruto y poner los tales servicios á la altura que exigen las necesidades y la importancia de una capital como Barcelona.—P.

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.  
**Exigir la Firma WLINSI.**  
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

**AGUA LÉCHELLE** Se receta contra los *Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espantos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc.* Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.  
**HEMOSTÁTICA**  
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

**DICCIONARIO** de las lenguas española y francesa comparadas Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, *Bescherelle, Littré, Salvá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes é idiotismos, así como el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada. — Cuatro tomos: 55 pesetas.  
Montaner y Simón, editores. — Aragón, 255, BARCELONA

**VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA**  
El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago Moorys's, 16, rue de l'Echiquier, París, que envía gratis su curioso librito.

**ANEMIA** DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**  
*El mas activo y economico, el unico Inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.*

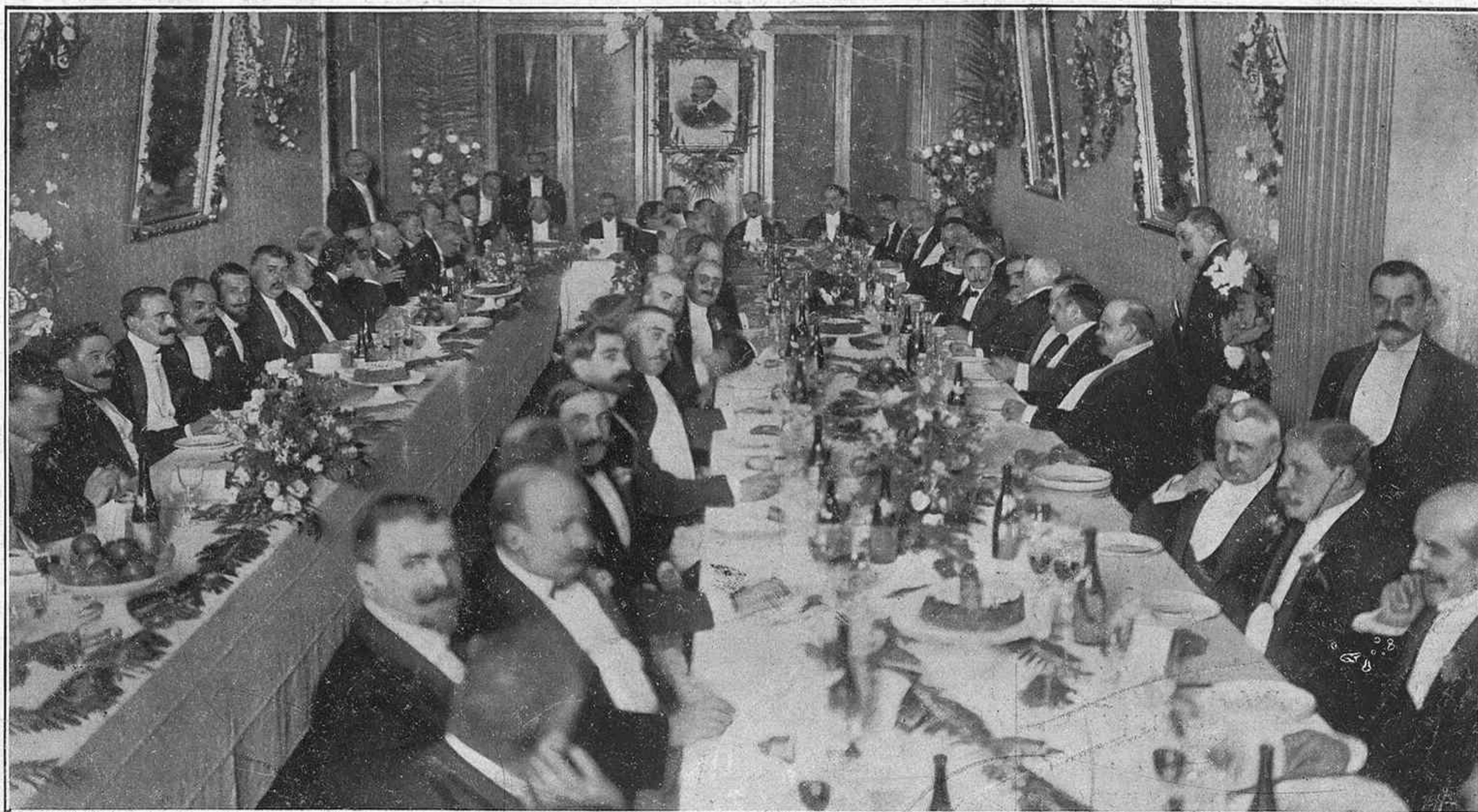
SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE  
LOS VERDADEROS Y EFICACES  
PRODUCTOS BLANCARD

**PILULE de BLANCARD**  
ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE Escrófulas, etc.  
EXIGIR LA SIGNATURE  
al IODURO de HIERRO INALTERABLE  
DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES  
DEPÓSITO: BLANCARD & Co, 40, R. Bonaparte, Paris.

Paris  
Date de 1849  
**PUREZA DEL CUTIS**  
— LAIT ANTÉPÉLIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
ó Leche Candès  
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.  
Cura y conserva el cutis limpio y terso  
CASA CANDÈS  
B-S-D-Donat-16

**AVISO Á LAS SEÑORAS**  
**EL ANIOL** DE LOS SEÑORES **JORET HONOLLE**  
CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS  
F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN — PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

EL ILUSTRE NOVELISTA ESPAÑOL D. VICENTE BLASCO IBÁÑEZ EN BUENOS AIRES



Banquete celebrado en el Club Valenciano en honor de Blasco Ibáñez

Para los que ya llevamos varios lustros de vida argentina, y en diversas ocasiones hemos defendido la idea de que los pueblos, como los individuos, más se estiman cuanto más se conocen, y en otras hemos abogado para que vinieran á estas tierras sobresalientes personalidades de la intelectualidad española, motivo de legítima satisfacción ha sido la llegada á Buenos Aires de Blasco Ibáñez, del novelista insigne á quien no hemos de regatear aplausos como artista, así no estemos del todo conformes con varias de las ideas que acaricia y defiende el fogoso escritor valenciano.

Era la vez primera que un literato español aquí llegaba, llamado para dar lo que dió en llamarse Conferencias públicas, y bien puede asegurarse que antes de que Blasco Ibáñez pisara tierra argentina, la atmósfera que se respiraba era genuinamente española. No ya nuestros paisanos, lo más selecto de los argentinos, las clases todas, se dieron cuenta bien pronto de que quien iba á llegar, á su propia personalidad, bastante descollante, añadía la no delegada representación de la España actual. Así se explica que se contaran por millares los que fueron á recibir á Blasco Ibáñez, y que de millares de gargantas saliera un mismo grito: ¡Viva España!

Los periódicos todos, no sólo de Buenos Aires, sino de la República Argentina, han

saludado con amables frases al autor de *Entre naranjos*, quien, como se supondrá, no da desde su llegada ni paz á sus miembros, ni descanso á su lengua, ni reposo á su estómago.

Ignoro lo que dirá en sus Conversaciones públicas, como ignoro también si á sus doctos de maestro en el difícil arte de novelar une condiciones oratorias que le pongan en el caso de sufrir, sin propio menoscabo, inevitables parangones. Mas lo que se puede asegurar es que el efecto moral de su triunfal arribo y la explosión de españolismo á que él diera lugar, no lo podrán borrar de su memoria cuantos fueron á recibirle ó cuantos al día siguiente pudieron leer las entusiastas crónicas de los diarios bonaerenses.

El camino está abierto: á Blasco Ibáñez le cabrá la gloria de haber demostrado prácticamente lo que entreveíamos cuantos nacidos en la península llevamos muchos años de residencia aquí. Ahora lo que interesa es que periódicamente lleguen aquí españoles de positivo valer intelectual para que se convengan, los pocos intransigentes que aún van quedando, de que en España hay algo más que chulos, toreros y manolas, y de que no es cierto que el África comience en los Pirineos.

R. MONNER SANS.

Buenos Aires, junio de 1909.

**ROB**  
BOYVEAU - LAFFECTEUR  
\* Célebre Depurativo Vegetal \*  
cura las  
**ENFERMEDADES DE LA PIEL**  
Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.  
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO  
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C<sup>ia</sup>. 102, R. Richelieu, Paris.  
Todas Farmacias.

INFLUENZA RACHITIS  
ANEMIA VINO CLOROSIS  
\* **VINO AROUD** \*  
CARNE - QUINA - HIERRO  
El más poderoso Regenerador.

Las Personas que conocen las  
**PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT**  
DE PARIS  
*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

REMEDIO DE ABISINIA  
**EXIBARD**  
SOBERANO CONTRA  
CATARRO - ASMA - OPRESIÓN  
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.  
Todas Farmacias.

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN